



AINA CASTILLO

**NACIDA
PARA SERVIR**

ESCLAVA ENCADENADA AL ALFA DOMINANTE



NACIDA PARA SERVIR

Esclava Encadenada al Alfa Dominante



Por Aina Castillo

© Aina Castillo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

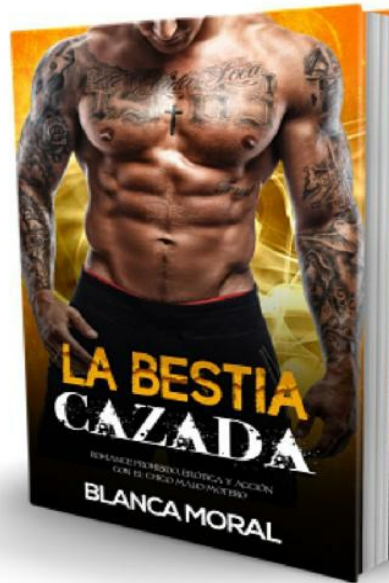
Dedicado a Carol y Amy

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [Haz click aquí](#) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

—Señor, según nuestros registros, si hacemos la obra, es probable que las personas que se encuentren allí perderán sus casas. Es una construcción de alto riesgo.

—¿Y?

—Pues, creemos que lo más prudente es que al menos hagamos una notificación que avise que se realizará una construcción importante. Le daremos un poco de tiempo para que puedan desalojar.

—Esto tomaría demasiado tiempo. Que empiecen ya.

—Pero, señor...

—¿Pero? ¿Acaso estás cuestionando una orden?

—No, señor. Nunca lo haría.

—Qué bueno que haya sido así. Pensé que escuché mal. Bien, entonces que empiecen los trabajos desde ya. No hay tiempo que perder.

—Como ordene, señor.

El hombre bajito y flaco salió de la amplia oficina para dejarlo solo como al inicio. Cuando dejó de escuchar los pasos, se levantó de la silla de cuero y empezó a caminar lentamente por la oficina. Era otro día más como los otros.

Llegó hasta su ventanal y observó todo el brillo y el caos de las calles. Estando allí, en completo silencio, casi podía escuchar el sonido de las cornetas, el de los gritos, en de la gente hablando fuerte. Era el ruido que se le había calado en la piel y que no podía quitarse de encima por más que lo intentara.

Se quedó mirando un rato más porque le gustaba admirar aquello que consideraba suyo. Y era así, todo eso era suyo.

Dio un largo suspiro y caminó de nuevo hasta su puesto para volver a sentarse. Al hacerlo, pensó que quería algo para beber o mejor aún, una mujer para follar como le diera la gana. Sí, eso era mejor plan.

Tomó el auricular y marcó el número 1. Esperó unos segundos antes de hablar.

—Sí. Lo mismo de siempre, pero esta vez quiero que sea morena. Hoy tengo ganas de que sea una morena. Mmm. Para las 9. Sí. En el mismo lugar. Adiós.

Colgó la llamada y se encontró pensando en que su vida era casi perfecta. Decía y hacía lo que quería. La gente sólo se limitaba a obedecerle porque las cosas eran así. Era el nuevo orden.

Lo cierto es que, a pesar de los esfuerzos, la Tercera Guerra Mundial sí sucedió. Sin importar el paro de la producción de uranio y plutonio, las tensiones entre los países de Occidente y Oriente, creció cada vez más.

La tensión era tal que era una especie de Guerra Fría del nuevo milenio. En el medio, estaban los pobres inocentes que no les quedó más remedio que quedarse allí, con la esperanza que las cosas cambiaran... Pero no fue así.

Se usó toda clase de armas químicas y nucleares de menor capacidad. Europa y Asia quedaron prácticamente borradas del mapa. América, por otro lado, no quedó muy bien librada, sobre todo en el norte.

Las noticias sólo mostraban la desolación y muerte de un conflicto que acabó con casi todo, para que, al final, se descubriera que había sido un error producto de una comunicación mal entendida. Ya no hubo vuelta atrás.

Esto produjo la escasez del combustible fósil y del agua. Si ya en algunas partes del mundo el vital líquido ya era cotizado como el oro, después de la guerra, fue casi un recurso de unos pocos.

Las ciudades más importantes perdieron su esplendor, miles de construcciones de valor cultural y arquitectónico se perdieron con el tiempo. El brillo de una humanidad pujante e intelectual quedó enterrado en la arena y la basura.

Sin embargo, un grupo de hombres poderosos, quienes más tarde se llamarían a sí mismos “Alfa”, con la suficiente cantidad de dinero y poder, decidieron reconstruir aquello que había sido olvidado en el pasado. Y fue allí cómo las cosas cambiaron en serio.

Mientras el resto de la humanidad peleaba por sobrevivir, los Alfa se dividían los territorios que habían quedado sobre la Tierra. Al final, el mundo volvió a esa estructura medieval pero combinado con el caos apocalíptico que quedó después. Estas fracciones se conocen como ciudades-reino.

El líder máximo era el Alfa y la familia de este, el poder era de carácter hereditario, independientemente si se trataba de hombre o mujer. Lo importante era conservar el poder y control lo más posible para no dejárselo a los Beta y menos a los Omega.

Los Beta se convirtieron en el punto intermedio de la sociedad ahora naciente. Intelectuales, políticos, pensadores e incluso algunos comerciantes poderosos que soñaban con pertenecer a la élite de los Alfa. Esas fantasías, sin embargo, la alimentaban cuando podían estar entre ellos, mirando cómo vivían, conociendo los placeres que podían alcanzar.

Finalmente, los Omega era el resto de personas que no disfrutaban ningún tipo de beneficios. Prostitutas, esclavos modernos de las corporaciones gigantes, pobres, comerciantes menores y mendigos. Por encontrarse en el nivel inferior, no tenían posibilidad de derechos de ningún tipo. Debían limitarse a asentir y obedecer órdenes, sin chistar.

Eran manejados como simples sirvientes. De contrariar una orden, estarían condenados a una muerte segura.

Así pues, el mundo se organizó de tal manera que no había oportunidad de nada más. Sólo se podía soñar con la idea de regresar a aquel tiempo donde existía cierta libertad de poder y decisión. Pero ahora, sólo quedaba acomodarse a lo que estaba pasando y tratar de tener una actitud que no fuera a provocar la ira de nadie.

El hombre que estaba sentado en la silla, sonrió de nuevo al recordarse a sí mismo el tipo de poder que tenía entre sus manos. Un poder que podía volverlo loco, que podía transformar su personalidad en cualquier momento. No obstante, era algo que le era familiar desde la niñez. Sabía muy bien que era todo aquello y lo importancia que tenía el control.

Noah era el actual Alfa de una ciudad-reino que su padre y su abuelo forjaron con otros más para devolverle cierto orden a la humanidad. Gracias al dinero y las riquezas que tenían en sus arcas, todo eso fue suficiente para que se les considerara como una de las familias más importantes.

Por lo tanto, tanto él como los suyos crecieron en la inmensa prosperidad. De niño, sólo jugaba con otros de su misma condición. Estaba resguardado entre guardaespaldas y demás sirvientes porque él representaba el futuro y la continuidad de su familia.

El niño creció sabiendo que con un solo movimiento de sus labios, era suficiente para dar las órdenes que quería y cuándo quería.

—Tienes que tener responsabilidad en lo que dices. Tus palabras pueden tener acciones contundentes sobre los demás. Ten cuidado.

Su padre le repetía una y otra vez con la esperanza de que entendiera que era importante que, a pesar de tener el control que tenía, la prudencia era una virtud que debía acompañarlo siempre.

Como era de supones, los Alfas eran prácticamente los únicos que podían tener acceso a la educación de alto nivel. Así que Noah pasó su infancia y adolescencia entre los mejores colegios.

Aprendió varios idiomas y comenzó a interesarse genuinamente en los negocios de la familia. De hecho, cuando cumplió 15 años, deseó comenzar a trabajar en la corporación desde el nivel más bajo para entender bien el funcionamiento de las empresas.

Ante la vista escandalizada de su madre, el padre de Noah accedió contento porque quería decir que su hijo estaba dando muestras de un verdadero interés en algo, por lo que su deber era incentivarlo lo más posible.

Buscó un horario que fuera compatible con sus clases y que no impidiera que estudiara con regularidad. De esta manera, Noah comprendió cómo era el sistema y lo importante de tener una rutina diaria que garantizara la productividad.

Además, el estar allí, desde la posición más baja que podía tener un Alfa, comprendió que el mundo iba más allá de las paredes de la mansión en donde vivía.

Cuando salió a las calles de la ciudad-reino, comprendió el caos y el desorden con el que tenían que vivir los Omegas y ciertos Betas el resto de sus vidas. Esa lucha de supervivencia diaria que sólo hace que hasta el más fuerte se desgaste lentamente. Para él era absurdo todo aquello pero así eran las cosas.

Trató de mantenerse enfocado en lo suyo, en sus cosas, para no tener que mezclarse de nuevo con la miseria ajena. Así pues, escaló poco a poco en la organización hasta que ocupó los cargos gerenciales cuando ya se encontraba en la universidad.

Noah no sólo era brillante y altamente productivo, también era un líder y sabía cuándo y cómo tomar decisiones difíciles, lo que le había dado un puesto importante entre los Alfas y demás Betas. De hecho, su padre recibía constantemente halagos que afirmaban que su hijo era un digno representante de su familia.

Sin embargo, había algo que él tenía que mantener oculto. Gracias a que ocupaba cargos importantes, Noah descubrió que era casi un adicto al control. Le gustaba que sus órdenes se cumplieran, le gustaba que la gente sintiera miedo y respeto hacia él. Era casi como si le inyectaran grandes dosis de adrenalina. Lo elevaba simplemente.

Pudo entonces, hacer un despliegue de sus habilidades. Incluso, con el paso del tiempo, comenzó a mostrarse frío y distante con los demás. Los recuerdos de las veces que vio el sufrimiento y la desigualdad de clases, era algo que quería mantener muy lejos de él.

El control lo mantenía vivo y activo. Iba y venía, dividía su tiempo entre los estudios y el trabajo. Tenía una vida ajetreada.

Hubo, además, un hecho que no pasó desapercibido. Noah se volvía cada vez más en un hombre atractivo y muy apuesto. Alto, moreno, cabello oscuro y espeso, el mentón cuadrado, ojos grandes negros, nariz recta y una contextura física fuerte y maciza gracias a los ejercicios que practicaba, sobre todo natación.

De inmediato, se convirtió en el centro de atención de otras chicas de su posición. Hijas de empresarios y magnates se presentaban ante él para poder decir que tenían la suerte de emparejarse con el Alfa más cotizado del grupo.

Sin embargo, Noah no tenía demasiado interés en tener una relación formal ya que eso significaba de inmediato el matrimonio por alianzas y un sinfín de compromisos que sinceramente se quería evitar. Odiaba actuar en contra de sus propios deseos así que procuró concentrarse más en los negocios.

Cuando estuvo en el tercer año de carrera, conoció a una mujer muy diferente a las que había conocido. Alguien cuya procedencia no tenía idea pero que siempre estaba allí, como si fuera una sombra.

Estudiaba también en la universidad pero en otra carrera. Era alta, delgada, con pechos prominentes y con el cabello corto y rojo. Tenía un andar sensual y un aura de misterio que atraía a más que cualquiera.

Noah la llegó a ver un día cuando coincidieron en una clase de Contabilidad. Ella le preguntó indiferente si ese era el salón y él le respondió con la quijada casi en el suelo. No había visto a alguien así y menos que le causara ese efecto.

Se había acostumbrado a los ruegos, a las miradas constantes, a las palabras vacías de adoración, pero ella, sin embargo, no era así. No le daba nada de eso, de hecho, lo ignoraba por completo, como si no existiera.

Noah concentró de nuevo su mente en no sólo ser el mejor en el trabajo y en la universidad, haría todo lo posible para tener la atención de ella.

Todos los intentos fueron fallidos. No hubo manera de convencerla de que él era el mejor partido que ella pudiera tener. Parecía que no tenía nada de ganas en involucrarse con una persona como él, lo que le producía grandes dudas. ¿Cómo una chica podría ignorarlo de manera tan tajante? ¿Por qué no le prestaba atención? ¿Qué era lo que tenía que hacer?

Un día se atrevió a preguntárselo sin pelos en la lengua, quería saber la razón por la cual ella no le daba una oportunidad.

—Eres demasiado correcto y niño bueno. Todo el mundo te ama y adora. Los hombres así me aburren demasiado. Lo siento.

—¿Qué es lo que te aburre? Soy un tío que todos envidian.

—¿En serio? Entonces me imagino que deben ser peores que tú, lo que me hace pensar que debe ser increíblemente insoportable todo aquello.

Noah no podía creer lo que estaba escuchando. Había pasado su vida siendo adorado, querido, siendo objeto de deseo y ahora se encontraba en una situación completamente diferente. No sabía qué decir, no sabía qué actuar. La costumbre de tener todo lo que quería con sólo pedirlo, no tuvo efecto en esa ocasión

Después de aquel desplante, se levantó enojado y se fue. Sus pasos estaban marcados con el fuego de la ira, con el calor de la indignación. Quería saber qué era eso que ella creía que él no podía darle. Estaba muy equivocada sin pensaba que se libraría así de fácil.

Quiso renunciar, por supuesto, quiso obligarla, quiso que se doblara ante él. Pero en el fondo, sabía que ese no era el método. Tenía que encontrar una mejor alternativa.

Se metió el orgullo muy adentro y se armó de valor, con el fin de acercarse a ella y preguntarle más a fondo lo que quería decir con esas palabras.

—Vaya, algo sí tengo que reconocer. Eres un tío bastante valiente y tenaz. El día que te fuiste, juré que más nunca te vería. Debo darte un poco de crédito. A ver, ¿en qué te puedo ayudar? Cuéntame.

El tono cargado de sarcasmo casi le hizo explotar, por lo que se contuvo lo más que pudo. Odiaba que le llevaran la contraria y más una mujer que sabía que él era un hombre importante. Pero bien, se prometió a sí mismo que se quedaría tranquilo y que no agitaría las aguas más de lo necesario. Estaba allí porque quería más información, más nada.

—¿Por qué has dicho que te aburren los tíos como yo?

—¿En serio quieres insistir? ¿No te di suficiente información?

—Quiero saber.

—Vale, ya que insistes. Verás, sé que eres de la familia que manda a toda esta gente. Sé que tienes dinero y poder. Sé que con sólo abrir la boca, ya tienes una fila de gente que está esperando por ti. Sé que te gusta el control. — Esto lo dijo con un tono bajo y misterioso-, y aun así estás para cumplir con lo que se espera de ti. Se ve que eres una persona que has seguido órdenes y has hecho de todo para enorgullecer a tus padres. ¿Me equivoco?

Él se quedó callado ante aquella cantidad de palabras.

—Bien, yo también he vivido así y la verdad es que es algo que me tiene muy harta. Todos comportándose como señores feudales acomodados que disfrutan de la langosta y la champaña en la orilla de la playa. Todos felices con sus mujeres bonitas y planchadas, rodeados de sirvientes. Tuve suficiente de eso.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que te gusta?

—Tío, me gusta la acción, lo diferente, lo que va contra la corriente, con aquello que cuestiona todo lo establecido.

—¿Por qué no me enseñas un poco de eso?

—Venga, eres demasiado niño bueno para eso. No lo soportarías, no tienes madera para lo que te digo.

Noah se mostró más tajante que antes. Se plantó ante ella y la miró

desafiante. La hermosa pelirroja celebró en su interior porque había logrado su objetivo. Él cayó redondo en su trampa.

—¿Ah sí? Bien, lo único que haría que te sintiera medianamente interesante, sería si aplicaras esas ansias de control que se te notan en los ojos y los usaras en otro contexto. Digamos, en uno mucho más interesante.

Noah cobró una expresión dudosa, como si no supiera lo que le querían decir.

—En el sexo, querido. ¿Sabes a lo que me refiero?

Él tomó un momento para pensar. La verdad es que el sexo para él había sido un mundo casi inexplorado. Su primera vez fue con una chica que le gustaba en el instituto. Era bella, sutil y delicada. Todos añoraban estar con ella, pero él resultó ser el afortunado.

Luego de que las pasiones se intensificaran poco a poco, por fin pudieron quedarse a solas para explorar ese mundo que los llevaría a los placeres del cuerpo. Aunque las expectativas de Noah eran altas, la experiencia en sí no fue tan agradable como había pensado.

Sabía que en su cuerpo albergaba pasión y un fuego que quería salir, pero no había tenido la oportunidad de hacerlo. Se recriminó tantas veces por ello que pasó el resto de esos encuentros íntimos, como una mera formalidad.

Pero en ese momento en el que ella le dijo eso, Noah prefirió hacerse el tonto para que le dieran más información.

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien a lo que me refiero. Pero como soy buena persona, te escribiré esto.

Tomó un trozo de papel de uno de sus cuadernos y comenzó a escribir velozmente unos acrónimos que no tuvieron sentido para él en un primer momento.

—¿BDSM?

—Sí, querido. Si después de buscar información al respecto, entiendes lo que quiero decir, y si te interesa todo eso, claro está. Entonces búscame. Así quizás piense que no eres tan buen muchacho después de todo.

Como tenía costumbre, lo dejó en ese lugar con la cabeza llenas de

preguntas. Así pues, en cuanto llegó a casa, buscó su computadora en el buscador y esperó ansiosamente lo que querían decir esas letras. Se topó con un mundo completamente diferente a lo que había conocido antes.

El BDSM resultó ser una práctica dedicada a los más extremos. Implicaba sexo y dolor y placer y toda una clase de variantes que probarían los límites de cualquiera.

A medida que leía, todo parecía cobrar sentido para él. El producir dolor a otros, el dominar y controlar, la disciplina y humillación. Todo eso era claro. Por fin había encontrado el conjunto de palabras que le permitirían ser como quisiera también en la cama. Pensó un poco más y supuso que la respuesta de ella se debía a eso. Ella había detectado el potencial en él.

Por supuesto, alimentó la curiosidad tanto como pudo. No sólo leyó una cantidad de artículos y blogs al respecto, también se dedicó a ver videos y escuchar audios de testimonios de personas que había encontrado un estilo de vida diferente con el BDSM.

Como quedó enganchado, su cuerpo y mente ya estaban adoptando una actitud de hombre ansioso por probar su fuerza y poder. Entonces, fue hacia a ella, la buscó entre la gente para fin encontrarla.

El destello de sus ojos negros fue suficiente para dar entender que estaba listo para ir más allá.

—Así que el niño bueno resultó ser que no era tan bueno después de todo. Qué curioso. ¿Estás seguro que estás dispuesto a dejar de lado todo lo que crees o debe ser el sexo y las relaciones en general? ¿Crees que tienes el estómago para aceptar lo que estás a punto de conocer?

—Estoy más listo de lo que crees. Deja de darle largas al asunto.

—Vale, vale. Entonces probemos la certeza de tus palabras.

Después de ese encuentro, los dos comenzaron a estar juntos. Poco después, Noah descubrió que ella también le gustaba pero pensaba que por ser el Alfa más importante de la ciudad-reino sería un problema para ella.

Tras compartir besos y caricias intensas, Noah entendió que ella era una mujer muy diferente a las demás y que por fin estaría cerca de descubrir ese secreto que ella había escondido por mucho tiempo.

Finalmente, tuvieron un encuentro en el piso de ella. Noah estaba sorprendido porque era una tía independiente y segura de sí misma, cuando, por lo general, las mujeres suelen estar más bien acompañadas por su familias o amigas. Quizás era esa misma necesidad cultivar esa imagen de decencia que al final era una fachada.

Siguieron con los besos hasta que ella se montó sobre su regazo. Poco a poco, iba dejando atrás esa conducta de mujer imposible para transformarse en otra cosa.

Por otro lado, Noah estaba experimentando todo aquello de lo que se había privado por mucho tiempo. El calor del cuerpo de una mujer exuberante, los gemidos deliciosos, los besos y caricias desenfrenados. Todo aquello le confirmó que era posible estar con una mujer así, que era posible darle rienda a esa sexualidad reprimida.

Siguió con ella y comenzó a experimentar una especie de fuerza en su interior. Una llama que le nació de la boca del estómago y que se extendió a lo largo de su cuerpo. Era como si se hubiera despertado algo dentro de él, algo que le ayudó a entender el sentido de las cosas.

Era claro que le gustaba el control y también que hacía todo lo posible por preservarlo, sin embargo, no se imaginó que era posible llevar ese placer a otros ámbitos de la vida. No pensó que era posible compartir esa condición más allá de las paredes de la empresa o de su hogar.

Como si su cuerpo se lo hubiera hecho a entender que tenía que hacer algo más que le permitiese proyectar esa sensación que tenía dentro de sí. Entonces, aquella mano que estaba concentrada en la cintura, se desplazó lentamente hacia el cuello de ella. Apretó ligeramente y después un poco más.

Al no obtener una negativa, siguió explorando los límites de sí mismo, cuando posó la otra mano libre en el glúteo de ella para comenzar a nalguearla con fuerza.

Los dos estímulos hechos al mismo tiempo, hicieron un efecto inmediato tanto en ella como en él. Noah se sintió poderoso, controlador. A tal punto que esa energía se intensificó dentro de sí, queriéndolo llevar hacia otras fronteras.

Ella, por otro lado, celebró en su interior porque el presentimiento que tenía que él adoptaría esa actitud, no había sido errado. Fue, incluso, mucho

más de lo que esperaba.

Así pues, la dinámica en el sexo durante esa noche fue así. Ella le dejaba un poco más de libertad para que él se sintiera libre y pudiera expresar su veta dominante con ella, mientras que él entendió que había esperado toda su vida por un momento así. Ya no había marcha atrás.

Noah se adentró en un mundo completamente diferente al suyo. Las formalidades, las conversaciones ligeras, el aspecto dulce y encantador de las mujeres, la champaña y el caviar, eran cosas del pasado. El BDSM resultó ser un universo en donde se celebraban las lujurias de quien se atreviera a entrar allí.

En un primer momento, él se sintió un poco fuera de lugar. Incluso pensó que no sería capaz de adaptarse.

—No te preocupes, tienes que entender que aquí no hay presión de nada. Puedes ser la persona que quieras ser. ¿Vale?

Se sintió mejor cuando ella se comprometió a entender todo lo que pasaba en ese entorno. Por supuesto, la sola idea de que él se la pasara con una mujer con gustos tan particulares como esos, podría provocar el mayor de los escándalos. Por ello, hizo todo lo posible por mantener todo nexo con el BDSM lo más oculto posible.

Como era de esperarse, estas prácticas eran vistas como un tabú dentro de la alta sociedad Alfa, por lo que eso obligaba a mucha gente manejarse en la clandestinidad y lo mejor para eso era recurrir a las calles húmedas, oscuras y sucias de los Omegas.

Estando allí, la perspectiva de Noah cambió por completo ya que su interés era muy diferente. Seguía siendo caótico y extremo pero estaba con ella y con ella las cosas se sentían y veían diferente.

Caminaba entre las calles para reunirse en lugares clandestinos. Para proteger su identidad de quienes desconocían su importancia social, procuraban taparse el rostro con máscaras ornamentadas y pasar desapercibidos. Aunque sonara fuera de lugar, las excentricidades de era permitida en esos lugares.

Por suerte, la privacidad era algo muy respetado en las sociedades y grupos BDSM. Las identidades no podían ser reveladas porque aquellos

ambientes eran espacios para la libertad y la libre expresión.

Así pues, él conoció más de cerca el fetichismo, el shibari, el arte de los amarres, las subastas de esclavos y esclavas, exhibiciones de ponis y traje de lolita para aquellos que tuvieran una relación Daddy/brat o little girl. Cada cosa que descubría le parecía fascinante y única.

Por supuesto, esto también incidió en su forma de ver las cosas y las relaciones. Poco a poco descubrió el gusto por la humillación verbal y por el control de los orgasmos, la masturbación forzada, los amarres y suspensiones. Además, si quería probar algo nuevo, sólo tenía que pedirle la oportunidad a ella para conversar al respecto.

—Hay algo que siempre tienes que tener presente. La comunicación es esencial. Es posible que ciertas cosas salgan mal, pero para evitar eso, conversar es la mejor solución. Plantea lo que te gusta y lo que no. Respeta los límites y apóyate en la observación. Son claves que te ayudarán a ser un mejor Dominante.

“Dominante” esa palabra que salía de su boca parecía tener todo el sentido del mundo. Bastaba que ella lo dijera para que Noah sintiera por dentro la fuerza de ese animal interno que tenía.

Su relación pareció fortalecerse cada vez más. De hecho, llegó un punto en que él la presentó a su familia, a pesar de las negativas de ella. Pensó que había encontrado a la mujer ideal y que no haría falta buscar en ninguna otra parte.

Sin embargo, hay que tener en claro una cosa. Nada en la vida está seguro, menos los sentimientos. La dulce y sensual pelirroja, esa misma que después de tantos intentos, cedió ante las peticiones de Noah, para luego establecer una relación estable en donde el sexo y el cariño parecían ir de la mano; comenzó a cambiar de actitud casi de un día para otro.

Las reuniones casuales en las escaleras en la facultad, el café de la mañana antes de ir a clase, las risas y las salidas a paseos a cualquier parte de la ciudad, frenaron de a poco. Noah se sintió extrañado y quiso afrontar la situación. Pareció experimentar una especie de deja vu.

Tras varias insistencias, descubrió un hecho que no se esperaba.

—Siento que esto no va a ninguna parte. Siento que estamos siguiendo un

guión y detesto eso. Extraño cuando dejábamos las cosas casi que a la suerte, cuando dejábamos ser al otro, permitiéndonos libertad de acción y pensamiento. Caímos en una rutina que no parece tener vuelta atrás. Creo que no puedo con esto... Siento que me aburrí.

Las últimas palabras cayeron en él como un yunque en el pecho. No podía creer lo que estaba escuchando. Se suponía que ambos formaban la pareja perfecta. Ella bella, inteligente y diferente a las demás; él, brillante, atractivo, con el futuro más provisorio de los Alfas. Eran la envidia de la gente.

No supo qué decir por lo que prefirió quedarse callado. Ese espacio dentro de su corazón y alma, ese mismo que le había dedicado a ella, pareció vaciársele de un solo golpe. No hubo más que hacer, sino retirarse lentamente.

En vista de las circunstancias, Noah se prometió a sí mismo que se lo pensaría dos veces antes de formalizar una relación con una mujer. No quería que las cosas acabaran igual, por lo que pensó que la mejor opción era concentrarse en el trabajo y en los estudios.

La fuerza de esa decisión, fue suficiente como para permitirle graduarse con honores, contar con el suficiente capital para fundar su propia empresa y mudarse de la amplia casa en donde vivía con su familia. Estaba ansioso por tener una vida diferente a su ritmo. Dentro de todo, tuvo que reconocer que la mujer con la que estuvo, trató de abrirle los ojos y de hacerle caer en cuenta que lo importante es dar un paso más delante de lo que se espera de uno.

Aunque le gustaba mantenerse ocupado casi todo el tiempo, no podía evitar sentir las ganas de estar con una mujer y más una sumisa. Tuvo que tomar en cuenta que no podía hacer esos requerimientos con una mujer Alfa cualquiera. Así que se permitió la oportunidad de salir con alguna, hablar con ella y conversar de esos temas que siempre le aburrieron. Al final, se decidió por contactar con sumisas y esclavas Omegas que pudieran darle todo lo que quisiera.

De esta manera, encontró el equilibrio que tanto deseaba. Trabajo, dinero, poder y sexo como quería. Las mujeres clamaban por él, querían su atención, rogaban por pasar la noche con el hombre más poderoso de la ciudad-reino, pero él sólo le hacía caso a sus instintos y su hambre de dominación.

Con el paso del tiempo, la personalidad de Noah se volvió más oscura y taciturna. Hablaba poco y era contundente con las palabras y acciones.

Detestaba que le hicieran perder el tiempo, así que hacía lo posible para ser siempre directo y evitar los rodeos.

Tenía una mentalidad fría y calculadora para los negocios y para la vida en general. Se volvió el soltero más deseado pero también más difícil. Y a pesar que su madre hacía los esfuerzos por presentarles mujeres de bien, él no estaba interesado en nada de eso.

Lo único que verdaderamente ansiaba era un buen par de piernas que le dieran calor cuando lo quería, un buen coño caliente y húmedo para su verga y una piel suave y tersa para rompérsela a punta de latigazos y fuertes amarres.

Después de hablar y de pedir una esclava para esa noche, como a veces solía hacer, miró un rato más su computadora para terminar unos cuantos asuntos y prepararse para el encuentro. De nuevo pensaba en el placer que le daba poder dar una orden y que se le cumpliera con la mayor diligencia posible. Adoraba ser obedecido y más sobre estos asuntos relacionados al sexo.

Se levantó entonces de la silla, caminó unos cuantos pasos por el lugar y se quedó mirando hacia el exterior gracias al enorme ventanal que se encontraba allí. Miró todo lo que estaba alrededor.

La belleza de la ciudad Alfa, el centro, los jardines, la tecnología, las comodidades y la forma en cómo cambiaba el panorama a medida que llevaba su mirada hacia el horizonte. La oscuridad y el caos de la región Omega. Incluso, al cerrar los ojos, podía sentir que estaba caminando entre sus calles, colándose como uno más entre el mar de gente que iba y venía en el desorden y el caos.

Fijó su mirada en las luces parpadeantes del lugar y sonrió ligeramente.

—Todos son míos, todos me pertenecer. Soy su amo y señor.



II

Nacer como un Omega a veces era visto como sufrir una maldición sin precedentes. Era estar destinado a una vida repleta de dificultades sin aparentes posibilidades de cambiar esa suerte... O al menos así lo pensaba Magenta Barker.

Nació en una familia tan pobre que su madre la vendió a unos comerciantes de personas cuando apenas tenía dos años. Desde esa edad, tuvo que enfrentarse a una serie de situaciones que se le escapaban de su comprensión.

El ser material para los comerciantes, estos “alquilaban” los servicios de estos individuos como empleados de limpieza, chóferes, obreros y hasta prostitutas al servicio de los Alfas y ciertos Betas. Quien cayera en sus manos, era probable que le esperara una vida de trabajos y maltratos.

Debido a que había sido renegada por su propia familia, Magenta, cuyo nombre representaba la marca de nacimiento en el muslo de dicho color, se acostumbró a andar por la vida sin ningún tipo de ataduras. Era ella sola contra el mundo.

Ella creció en un instituto para menores en donde recibió una formación más bien básica.

—Nos quieren tontos, nos quieren ignorantes para que aceptemos nuestro destino como sea.

No paraba de decirse a sí misma. Los maestros limitaban los libros y el conocimiento por la idea de que los pobres tenían que serlo siempre.

Eso era una de las tantas injusticias que tenía que sufrir pero la cual no estaba dispuesta a tolerar. Haría todo lo necesario para formarse de la mejor manera posible, sin importar las consecuencias de ello.

Así que cultivó su notable inteligencia por medio de los libros que lograba robar de sus maestros, de otros compañeros o de comerciantes Betas que llegaban allí para ofrecer material de estudio.

Así conoció a Agatha Christie, Julio Verne, Lovecraft, Edgar Allan Poe, Charles Dickens y Kafka (aunque era un poco avanzado para su edad). De

resto, devoraba todo lo que fuera posible y más. Quería nutrir su mente porque pensaba que al menos así, sería capaz de escapar de la realidad que le tocó vivir.

Permaneció en el instituto hasta la mayoría de edad, para luego ser trasladada a una casa de un magistrado Alfa para que trabajara como limpieza y cuidado de los niños.

Se le decía constantemente que había corrido con suerte, ya que muchas mujeres terminaban en peores condiciones que ella. Sin embargo, Magenta no veía nada positivo en su vida. Era una nueva forma de esclavitud, era una nueva forma de quitarle a la gente su libertad de acción y pensamiento.

Después de terminar el día, cuando su cuerpo y mente ya no podían más por el cansancio, se acostaba en la cama amplia y caliente y miraba el techo de su habitación para imaginarse cómo era el mundo antes de la guerra.

Según los libros de Historia que había revisado, la humanidad era muy diferente. Las mujeres y los hombres eran libres, había variedad de países, razas y creencias. Había la posibilidad de trabajar en lo que se quisiera, era posible tener una casa y un coche por medio del trabajo duro. Dentro de todo, cualquier persona podía hacer la vida que quisiera sin importar su origen. Pero ya las cosas no eran así.

Cerraba los ojos con la esperanza de que las cosas cambiaran, que al despertar, alguien le diría que el orden mundial había cambiado y que ya no existía la esclavitud, ni la miseria, ni la división de clases. Soñar no cuesta nada.

Por suerte, su jefe, el magistrado, se percató de la inteligencia de Magenta y procuró que terminara los estudios y se especializara en algo más. El contar con el apadrinamiento de una persona tan importante e influyente como esa, le acortaría el camino y tendría la posibilidad de tener una vida decente.

Las cosas parecieron funcionar durante un tiempo, sin embargo, en vista de la ayuda y la simpatía que le había despertado al magistrado, la esposa de este pensó que la presencia de Magenta era una amenaza en su casa. Por ende, terminó despidiéndola y ella quedó en una especie de limbo por un tiempo.

Sin tener un lugar a donde regresar y sin trabajo, Magenta tuvo que improvisar. Buscó qué hacer por varios días y cuando ya no pudo más, se adentró en un restaurante chino en una de las zonas más sórdidas de la ciudad

con el fin de rogar por un trabajo.

—Por favor, señor, se lo ruego. He ido por todas partes y no encuentro un trabajo. Soy una persona responsable y seria. Ayúdeme. Mire, puedo limpiar el suelo o los baños o las dos cosas, pero necesito un poco de dinero, se lo ruego.

Tuvo que despedir su dignidad y meterla en lo más profundo. Tuvo que humillarse porque la desesperación la había llevado a eso. Sin las más mínimas esperanzas de nada, se aferró a ese cartel que anunciaba que se buscaba personal, con el fin de que le dieran una oportunidad.

El dueño del restaurante la miró fijamente y asintió de mala gana. Era cierto que le urgía el personal, así que la contrató casi de inmediato.

Magenta entonces se dedicó a limpiar suelos, los baños y la cocina. Gracias al dinero que le pagaban, pudo alquilar un pequeño piso en uno de los edificios que se encontraban allí. Aunque no era glamuroso, al menos podía contar con un espacio para ella sola después de tanto tiempo.

Siguió en el restaurante y cuando el horario se estabilizó, procuró encontrar otro trabajo. Sus planes salieron a la perfección así que tenía para pagar las cuentas y mantenerse.

Cuando encontró cierta estabilidad, esos pensamientos y sueños sobre un destino mejor, volvieron a manifestarse dentro de sí. Sobre todo, por las injusticias que tenía que ver todos los días.

En su cama, miraba hacia el techo como solía hacer. Pensaba en lo cansada que estaba, en el dolor de las piernas y en las várices que comenzaban a salir allí a pesar de ser una mujer joven. Pensó en las veces que tuvo que dormir debajo de un puente porque aún no tenía dinero para un techo. El abandono, el haber sido vendida... La lista no paraba de alargarse.

Sintió una desesperación demasiado grande. No quería preocuparse más por dinero. No quería dejar que su vida se le fuera en ello.

Tenía un montón de ideas en la cabeza pero el cansancio pudo más que ella. Se quedó dormida apenas le permitió al cerebro desconectarse de todo aquello que le perturbaba. Necesitaba esas horas de descanso.

Como siempre, salió del minúsculo piso y bajó por las sucias y oscuras escaleras, hasta salir a la calle. De nuevo, esa luz del sol que tantos querían

ver, estaba tapada por algún edificio construido por los Alfas. Ellos, los Omegas, estaban en el suelo, como aves de rapiña con la esperanza de poder recibir un poco de luz y un poco de calor entre el frío que a veces era insoportable.

Magenta soñaba con ir hasta la punta de ese edificio, acostarse en la azotea y sentir a plenitud el calor y la luz que estaban allí.

Siguió caminando hasta llegar al restaurante. Su jefe la saludó con el regaño habitual en un idioma incomprensible y de inmediato se preparó para trabajar.

Las peores horas eran al mediodía. Se llenaba de todo tipo de personas. Desde sirvientes hasta elegantes Betas que iban a comer allí. Todos se congregaban en ese pequeño espacio como queriendo decir que los límites entre ellos no existía.

Ella se encontraba limpiando un par de mesas cuando escuchó una conversación que le llamó poderosamente la atención:

—Sí, tía. De hecho dentro de poco me reuniré con mi dueño.

—¿Es un Beta?

—¡No! Es lo mejor de todo. Es un Alfa. Es un ejecutivo de un banco importante. Me escogió y soy su esclava personal. Es lo mejor que me ha pasado.

—Qué suerte que has tenido, tía. Yo sólo me topo con pobres Betas y unos cuantos Omegas que se ganan un poco de pasta en las apuesta y me pagan. Pero estoy desesperada, quiero mejorar mi vida.

—Por eso haz lo que te dije. Tienes que ir al edificio negro de la calle 8. Es que tiene una puerta roja.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Pues llegarte y listo. Preguntas por el sr. Fausto y ya está. Te abrirán la puerta y te revisarán. Después te dirán cuál mercado te tocará, según las condiciones que tienes. Y listo, es pasta segura. Le entregas el 40% de las ganancias y el resto te lo quedas tú. Desde la ropa hasta los regalos que te quieran hacer.

—Guao, me encanta, me encanta.

—Eso sí, tienes que ir bien limpiita y preparada porque esa gente te revisará TODO. Ellos se mueven en círculos importantes y les interesa mantenerse así. Que te lo digo yo.

—Vale, vale.

—Ah, por cierto. No digas esta información a NADIE, ¿vale? Sólo unos pocos saben esto porque saben que Fausto es el mejor en el negocio.

Magenta se alejó lentamente y procuró guardarse esa información por dentro como si se tratase de un hermoso tesoro.

El día transcurrió de la misma manera que todos los días. Caótico, desordenado, entre los gritos y el descontrol. Cuando finalmente Magenta pudo irse, los pies estaban a punto de dejarla sobre el suelo porque ya no podía más. Sin embargo, se convenció a sí misma de que debía continuar para pensar mejor en todo aquello que había escuchado más temprano.

Se adentró como siempre en ese edificio alto y descuidado, hasta que llegó al piso 5. Sacó las llaves de su bolso y abrió la puerta para encontrarse con que todavía podía oler el aroma a café que había colado en la mañana.

Dejó el bolso en una silla que había comprado en una venta de garaje, y caminó un poco más hasta dejar su cuerpo caer en un micro sofá frente a un ventanal.

Ese lugar quizás era su favorito de todo el piso. La enorme ventana daba hacia la calle y hacia las luces que se perdían en el horizonte. Esa imagen, aunque había formado parte de su vida por mucho tiempo, no le aburría. Le hacía sentir que dentro de todo había alguna esperanza entre todo lo que estaba viviendo.

Suspiró de nuevo y cerró los ojos. Su mente, de inmediato, comenzó a reproducir la conversación de la tarde como si fuera una película. Las voces agudas y casi chillonas de las chicas, desmenuzó el guión que ella había copiado casi a la perfección entre sus neuronas.

—El edificio negro con la puerta roja en la calle 8. Preguntar por Fausto. Fausto...

Se repitió eso a sí misma, quizás con el temor de que se le olvidara esa información. Cada vez que resonaba ese nombre dentro de su cabeza, crecía cada vez más, la necesidad de aventurarse a esa práctica. Tenía miedo porque

podría perder más de lo que quisiera pero era algo que tenía que probar. Quería cambiar su suerte.

Al día siguiente, inventó una excusa a uno de sus jefes para poder ir hacia ese lugar. Tenía entendido que la calle 8 era una de las zonas más peligrosas pero, si ella era sincera, toda esa parte de la ciudad-reino lo era. No había ningún lugar enteramente seguro.

Caminó por las calles con una falda corta, una blusa ajustada y un abrigo que apenas la cubría del frío. Tenía el cabello suelto y andaba por la calle como si supiera exactamente por dónde iba. No se inmutó por los ruidos ni por lo que veía porque aprendió desde niña que la mejor defensa que tenía era pretender que era más segura que todo lo demás.

Visualizó el edificio a poca distancia y miró su reflejo en uno de los vidrios sucios de un café de mala muerte. Miró su cabello negro, largo y espeso. Sus ojos grandes, la piel morena olivácea, las piernas largas. La cintura y caderas pequeñas, pechos poco pronunciados. El mentón delicado y los labios gruesos. Quizás no era una bomba sensual pero tenía que reconocer que gracias a la confianza que exudaba, tenía cierto magnetismo.

Caminó unos pocos metro más adelantes y se encontró de frente con aquella puerta que recordó de aquella conversación. Era de metal, oxidada y mezclada con trozos de pintura que hacían el intento de tapar todo el daño producido por el ambiente. Se preguntó la razón por la que estaba así, sobre todo si se trataba de un negocio lucrativo.

Aunque quería más explicaciones, pensó que no podía perder más tiempo. Alzó la mano y la rozó sobre la puerta. Se detuvo un momento más y tocó un par de veces con firmeza. Echándose un poco para atrás, esperó unos segundos para que le atendieran hasta que se asomaron un par de ojos en una rejilla que se encontraba en la puerta.

—Busco al sr. Fausto.

Los ojos verdes la inspeccionaron un poco hasta que ella se dio cuenta que se produjo un sonido en el interior. Un hombre alto, calvo, vestido de traje negro y con la expresión más neutra que ella había visto, le señaló con el dedo que se adentrara.

De nuevo, volvió a escuchar ese sonido metálico de algo que se cerraba tras ella y con el miedo aún a flor de piel, decidió avanzar aunque quería

realmente salir corriendo de allí.

Era un espacio blanco y frío, el cual estaba dividido por varias oficinas. Su atención fue directo a un lugar más grande donde supuso que allí se hacían esas revisiones que acaba de recordar.

Miró una pequeña fila de sillas y se sentó en una. Junto a ella, se encontraba una chica con la misma expresión de miedo que ella. Al menos se consoló al saberse que no era la única persona que tenía miedo.

Un rato después, ella entró a ese gran cuarto mientras que ella se quedó allí esperando. Una mujer alta y blanca, de cabello corto negro y con lentes de pasta rojos, le hizo una señal para que la siguiera.

Se adentraron a una especie de oficina y la sentó en una silla.

—¿A quién desea ver?

—Al sr. Fausto.

—¿Tienes algún interés en trabajar en esta industria?

—Sí, sin duda.

—¿Por qué?

Magenta no supo qué responder de inmediato. ¿Decir que era por problemas financieros sería demasiado? ¿Sería correcto decir algo así? Sin embargo, hubo algo que pareció nacer dentro de ella, como una especie de ira que no pudo controlar y que no quería seguir escondiendo.

—Porque estoy harta de vivir al día a día. Quiero tener paz mental y pienso que esto me podría ayudar.

La mujer la miró y comprendió lo que ella quiso decir.

—Todas las que estamos aquí hemos querido eso. Y a la mayoría les ha ido bien.

Hizo una pausa porque, a pesar de tener tanto tiempo en ese lugar, podía leer la sinceridad de unas palabras como esas.

—Vale. Yo soy Fausto y mi papel es revisar a las chicas que vienen como aspirantes a esclavas. Bueno, “esclavas” porque ahora es el nombre que se les dan a las mujeres nos dedicamos a la prostitución. Parece que al gobierno Alfa se siente más cómodo con ese término. En fin. Necesito que me des tus datos y

toda la información que creas necesaria, incluso tu dirección. Lo más detallada posible.

Magenta tomó la forma y comenzó a escribir rápidamente. En ese momento cuando pensó que tenía altas posibilidades de cambiar su vida, recordó un detalle importante. Era virgen.

A través de los años, el amor y el sexo se convirtieron para ella como especies de rarezas. No sabía que era eso, no sabía cómo lidiar con algo así. Por supuesto, eso no quería decir que no sintiera atracción hacia los hombres, claro que sí. Fantaseaba con la idea de conocer a alguien que le diera todo y más, soñaba con conocer los besos y a medida que sus pensamientos se volvían más profundos, se recordaba a sí misma que también era un animal de necesidades y el sexo era una de ellas.

No pudo experimentar nada de eso porque su vida se resumió en sobrevivir, en encontrar la manera de dejar de revolcarse en el lodo, en la suciedad, en la miseria. Trató de hacerse una vida tranquila pero a veces sentía que no era capaz de hacerlo. La presión que sentía en sus hombros era más fuerte que cualquier deseo de tener intimidad con otra persona.

Así que se reprimió eso, metió esa urgencia dentro de un cajón muy adentro de su cuerpo para dejarlo allí y olvidarse de eso. Ahora, que se encontraba tan cansada, tan en el hastío, pensó en ese detalle que podía poner en peligro la posibilidad de encontrar un poco de esa paz que tanto había anhelado.

—Debo decirle algo muy importante.

—A ver.

—Soy virgen.

Lo dijo con el rubor en las mejillas y con la sensación de que se burlarían de ella. Pensó que sería objeto de cuestionamientos o que la sacarían de allí como su fuera una leprosa.

La mujer la miró con atención y luego respondió:

—Bien, eso te coloca en una situación especial. Por tu físico, pensaba en incluirte entre los Betas y Alfas pero esto te llevará de inmediato entre los Alfas. Hay clientes que pagarían buena pasta por ti. Al final, saldrás ganando... Veamos, necesito que revises este contrato que te obliga a cedernos

el 40% de las ganancias. Eso no incluye regalos ni nada extra que te quiera dar el cliente. Por otro lado, después que pierdas la virginidad, tendrás que asistir a una serie de controles para que verifiquemos que te encuentres bien. ¿Entendido?

—Vale... Pero, ¿cree que surgirá algún cliente?

—Querida, eres un caso excepcional. Por supuesto que sí. Mientras, te pondremos como dama de compañía. Existen muchos Alfás que vienen a la ciudad por negocios así que no está de más un poco de entretenimiento. Es sólo eso, compartir una cena y ya. Nada más. Ahora ver, iremos al médico que está aquí para que revise tu estado y te pongamos a trabajar de una vez.

El corazón de Magenta comenzó a latir con fuerza. Eso quería decir que estaba cerca de tener al menos un poco de esa tranquilidad en todo ese caos que era su vida. La sola posibilidad la hacía sonreír.

Después de una larga revisión con preguntas y respuestas incluidas, Magenta registró su teléfono en la agenda de Fausto.

—Tendrás que esperar a que llamemos para avisarte de tu primer trabajo. Es posible que sea esta misma noche o incluso mañana. No lo sé. De todas maneras mantente preparada. Estos trabajos son así, ¿vale?

—Vale, perfecto.

Salió de esa puerta roja y sintió que el mundo se había vuelto un poco más amable con ella. Miró hacia el cielo oscuro producto de los grandes rascacielos y pensó que, por primera vez en mucho tiempo, era capaz de sentirse como si estuviera en la cima.

Tal y como le habían dicho. Después de regresar a casa, tomar una cerveza y pasar el susto, no pasó demasiado tiempo para que ella recibiera la llamada de que pasarían buscando por ella en una hora.

Se fue a tomar un ducha rápida, y mientras estaba allí, pensaba en cómo podía arreglarse. De hecho, había pasado mucho tiempo en que ella había reflexionado en algo así. La costumbre de tener que andar por la vida despeinada, sudada y cansada, parecía una única visión de sí misma, por eso, no pensó en encontrarse en esa situación.

Salió de la ducha y se miró en el pequeño espejo que se encontraba sobre el lavamanos. Se miró el cabello húmedo y largo, las pequeñas bolsas debajo

de los ojos, y la mirada triste y también asustada.

—No tengo por qué sentir miedo. He pasado mi vida en este tipo de situaciones. No sé qué me pasa.

Volvió a mirarse y comenzó a arreglarse lo más rápido posible. Un enterito negro, unas sandalias altas, los labios rojos y un corrector de ojos para quitar todo rastro de dolor y cansancio. Y ya estaba, perfecta, como si nada hubiera pasado. Estaba lista para emprender esa nueva etapa de su vida.

Después que la buscaran en un elegante coche, Magenta, más un grupo de chicas, llegaron a un elegante restaurante. Se acercaron a la mesa de los hombres más guapos que había visto y de inmediato captó la atención de quien era el líder de todos ellos. La sentó junto a su lado y la noche transcurrió entre risas y charlas banales.

—No te había visto antes. Es agradable encontrarse a una mujer hermosa pero también inteligente.

—El placer es mío. Creo que la tiene suerte aquí soy yo.

Hablaron durante toda la noche y, al final, Magenta se dio cuenta que la paga había sido increíblemente buena. Después de cancelar el porcentaje acordado, ella quedó con una suma de dinero que casi no podía creer. Era casi lo que hacía en un mes.

Poco a poco, ella se hizo un nombre dentro de la organización. Iba como dama de compañía y era considerada como una de las mujeres más cotizadas. De hecho, le iba tan bien que renunció al restaurante chino, a pesar de las insistencias de su quejumbroso jefe.

Aunque se encontraba contenta con lo que estaba logrando se dio cuenta que para llegar al punto en donde quería llegar, tendría que convertirse en esclava particular de un Alfa. De esa manera, nadie se metería con ella y el dinero entraría de manera permanente. Pero, ¿cómo hacerlo?

—¿Exclusiva? Ay, querida, eso es casi como un unicornio. Una posibilidad remota.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan difícil eso?

—Verás, los Alfas nos usan como su entretenimiento y como les dé la gana. Eso está bien, eso ya lo internalizamos. Pero hay algo que no podemos olvidar

ni tú, ni yo, ni cualquier mortal como nosotros. Los Alfas y los Omegas son incompatibles. Socialmente, sería como romper un paradigma.

—Sigo sin entender.

—A ver. Los Alfas se juntan con otros para mantener el poder y control de las ciudades-reinos. Forman alianzas y así garantizan su supervivencia. Es por ello que los ves casados o comprometidos con otras mujeres Alfas. Con tías poderosas que sólo les sirven para perpetuar ese legado después de la guerra. Se aferrarán a ello tanto como sea posible, te lo aseguro. Es más, es hasta preferible que seas exclusiva de un Beta. Menos problemas, menos traumas para los demás.

—Pero esa exclusividad no quiere decir nada más. Es una transacción que se presentaría por tiempo indefinido. No le veo el problema.

—Ni yo tampoco, querida. Pero eso es la verdad. Una mujer Alfa te vería como su amenaza y ella responderá de todas las maneras posibles.

De inmediato, ella recordó la vez que fue dejada en la calle por una mujer así, gracias a un malentendido.

—Se han presentado casos pero es algo no muy común. Irónicamente nuestra sociedad parece haber involucionado y nadie le molesta eso.

—¿Qué pasaría si llegase a ocurrir?

—Eso dependerá de tu cliente y tú. Esa relación podrá cambiar o no según los parámetros que se establezcan pero, por lo pronto, somos como muñecas en una vitrina, querida, para jugar y divertirse, para nada más.

La conversación con Fausto la dejó inquieta pero también con la determinación de que haría lo posible para cumplir su ambición.



III

—¿Qué ha pasado?

—Pues, nuestro adorado dios Alfa ha quedado oficialmente encargado de esta ciudad-reino y quiere hacer una fiesta para celebrarlo. Están pidiendo las mejores chicas y te he llamado a ti.

—Vaya, debe ser un evento muy importante.

—Claro que lo es, querida. ¿En qué mundo andas? Es esta noche. Sí, sí. Sé que es demasiado pronto pero es una figura muy importante. De hecho nos llamó dándonos órdenes explícitas que debíamos obedecerle. Sabes cómo es. Este mundo se maneja de esta manera.

Magenta estaba tratando de entender toda la situación.

—¿Qué debo hacer?

—Será como siempre. Te buscarán y te llevarán al sitio.

—¿Es en algún lugar cerca de aquí?

—Para nada, esa es la mejor parte. Es en el pleno corazón de los Alfas. El evento es tan importante que quieren hacerlo allá. De hecho sólo pienso en el escándalo que será pero así son las órdenes.

—No comprendo. Tenía entendido que nosotros teníamos prohibida la entrada allá...

—Y así es. Pero parece que este nuevo Alfa es un rompedor de reglas. En fin. Es mejor que vayas a prepararte porque es una fiesta importante. Debes ir lo mejor arreglada posible y esperar lo inesperado.

Magenta fue para su casa a reflexionar sobre lo que había hablado con Fausto. Se dejó caer de nuevo en ese sofá, con la mirada fija en el ventanal.

Como estaba lloviendo, podía ver los hilos de agua que se formaban en la superficie del vidrio. Respiraba con cierta intranquilidad porque se había decidido a hacer lo posible por atraer la atención de un Alfa y así consolidar su vida. No quería más imprevistos ni tropiezos, se las jugaría todas.

Se levantó lentamente y comenzó a quitarse la ropa hasta que entró en su pequeña habitación. Entró al baño, abrió las llaves y se duchó con agua

caliente. Masajeó su cabello con suavidad y lavó su cuerpo con un jabón y aceites de jazmín. Quería que su piel tuviera un aroma irresistible.

Salió y comenzó a secarse para después abrir las puertas del clóset y tratar de escoger las prendas que quería usar para esa noche. Encontró un vestido negro, largo, de escote profundo y con tiras finas. Iría muy bien con su tono de piel.

Después de ponérselo, comenzó a peinarse lentamente y a maquillarse. Delineado oscuro, labios rojos y sandalias de tacón alto. Como la noche estaba un poco fría, extrajo un saco de pelo sintético de color negro que la abrigaría lo suficiente.

Al mirarse al espejo, tuvo la impresión de que se veía extravagante y así quería lucir. Elegante pero extravagante. Tenía que aprovechar esa minúscula oportunidad para entrar a uno de los espacios más herméticos que existían.

Un coche negro pasó por ella y, al subir, se percató que estaban unas dos chicas más. Magenta pensó que Fausto no quería tampoco provocar demasiado la situación así que prefirió por no tentar al destino y enviar sólo a tres. Suficientes para que pasaran desapercibidas, menos para el Alfa importante.

Recorrieron las calles oscuras y sucias para que poco a poco cobraran un aspecto radicalmente diferente. La basura de las aceras, el asfalto comido por la contaminación, el ruido de la gente en la calle, fueron cosas que quedaron atrás. Cada metro que recorrían, dejaba atrás ese lugar para adentrarse a uno demasiado diferente.

Ni en sus más remotos sueños imaginó encontrarse con un lugar así. Lo limpio e impoluto era la norma. Césped verde, calles iluminadas, coches de lujo, casas hermosas y locales refinados, era como estar en otra dimensión.

Magenta veía por la ventana la belleza de los hombres y mujeres, incluso de las mascotas. Se quedó perpleja cuando miró a un perro Chihuahua en brazos de una mujer que lo “ayudaba” a beber agua con una pajilla. No lo podía creer.

Siguieron el recorrido hasta que se toparon con la presencia de una arquitectura imponente y hermosa. Los alrededores estaba iluminados y prácticamente en cada esquina, se encontraba un vigilante para prohibirla la entrada de indeseados. Por supuesto que eso correspondía a mera formalidad porque nadie podía pasar de los límites sin ser capturado.

Así vivía la parte más selecta de la sociedad. En una especie de burbuja pulida y hermosa en donde unos pocos podían pertenecer allí. Más que nunca, Magenta recordó el objetivo de encontrarse allí, tenía que trabajar duramente para llamar la atención de un hombre y poder convertirse en una exclusiva. Costara lo que costara.

—Es aquí. Ya las están esperando.

Fue la voz del chófer que se encargó de despecharlas en la escalinata de ese enorme edificio.

—Cuando termine la fiesta, vendré por ustedes en este mismo punto.

Le dejó una pequeña pantalla para que se comunicaran con él o con Fausto por si hubiera problemas y las tres se bajaron. Magenta era líder y llevaba en sus manos un pequeño sobre con la invitación. Estaban allí por solicitud del Alfa para complacer sus deseos al igual que otros dos como él.

Ella, después de mostrar la invitación, la llevaron hacia el interior. De nuevo, se encontró con un escenario sorprendente y para alucinar.

Una enorme araña de cristal colgaba del alto techo. El reflejo de la luz hacía ver como si en el interior pareciera un cielo estrellado. Comenzaron a ver a los invitados moverse hacia el salón principal y siguieron a las personas para no perderse. Era un lugar de ensueño.

Las ubicaron en una mesa y se quedaron allí esperando como solían hacer en otras ocasiones. Magenta, mientras tanto, no paraba de mirar y de detallar a cada persona que estaba allí. Tenía que definir quién de esas personas se trataba de un tal Noah. El hombre que se había convertido oficialmente en el Alfa de la ciudad-reino.

De repente, las luces bajaron y la música cesó. Una voz grave comenzó a hacer eco entre la gente, hasta que por fin una luz blanca lo identificó.

—Buenas noches, amigos. Muchas gracias por asistir...

Magenta quedó impresionada. Nunca había escuchado una voz, ni había visto una presencia tan impactante como esa.

Él tío alto, moreno, de cabello negro y espeso, de mirada intensa y de postura segura, hablaba hacia el público como si tuviera un perfecto dominio de sí mismo. Se mostraba seguro e imponente, gracias a ello, Magenta

entendió inmediatamente que se trataba del Alfa más importante.

Estando en el lugar en donde se encontraba, se tomó el tiempo para observarlo detalladamente. La forma de tomar el micrófono y la sonrisa suave y delicada para denotar que de alguna manera parecía estar contento. Hacía un movimiento peculiar en los hombros y mantenía la mirada fija en la gente que lo escuchaba atentamente. Era un espectáculo de hombre.

Ella, además, supo de inmediato que se trataba del tipo más importante que se encontraba allí, así que debía hacer un esfuerzo por llamar su atención. Tenía que hacerlo suyo de cualquier manera.

Así pues, se acomodó mejor en la silla para comenzar a desplegar sus atributos de mujer sensual. Aprovechó el escote profundo para que sus pechos se asomaran mejor y cruzó las piernas para que se vieran lo largas y torneadas que eran. También acomodó su cabello con el fin de que se viera esa cascada oscura y espesa como un manto sensual.

—Así que quiero agradecerles su presencia. Espero contar con su ayuda y apoyo.

El lugar pareció casi reventar con los aplausos de la gente. Noah se quedó unos segundos sobre el escenario hasta que bajó unas escaleras que estaban cerca. Enseguida, tomó una copa de champaña que se bebió casi de un trago y atravesó parte del camino en donde tuvo que saludar a unas cuantas personas que estaban allí y quienes aprovecharon el momento para saludarlo y felicitarlo.

Noah se sentía como el hombre más poderoso del mundo. Él tenía ahora el control, por lo que los demás tendrían que limitarse a obedecerle sin chistar.

De lejos, visualizó la mesa y la compañía que ya estaba allí. Le pareció bien puesto que había llamado a esas mujeres para atender a unos invitados que estaban allí. Él sólo quería asegurarles que se divertirían de lo lindo.

Mientras iba caminando, se fijó en un par de piernas largas, un escote sensual y un cabello negro y largo que parecía brillar con luz propia. La mujer desconocida se limitó a sonreírle desde la distancia.

Magenta estaba segura que había captado su atención, sin embargo, él se acercó a una de las mujeres que estaban allí para hacerle unas cuantas preguntas al oído. Aunque pensó que no era nada bueno, supo que no podía

rendirse, así que tenía que hacer lo posible para engancharlo hacia ella.

Noah volvió a desaparecer para regresar con un par de hombres un poco sonrientes y rojos por el alcohol.

—Chicas, gracias por venir tan prontamente. Ellos son unos buenos amigos míos, así que me gustaría que lo atendieran como se debe. Queremos que tengan una buena experiencia estando aquí.

Dijo eso sonriendo pero sin dejar de ver a esa morena que tenía la vista fija en él. Había algo en ella que le movía algo por dentro, pero sabía cómo eran las mujeres como ellas. Fatales y hermosas. Una mezcla de cuidado.

Al sentarse, oficialmente la noche había comenzado. El resto de las chicas comprendieron que debían trabajar y esforzarse por hacerlo bien, puesto que podía recibir comisiones interesantes. Sin embargo, Magenta estaba concentrada en Noah.

Ella se levantaba, se acercaba a él, le decía comentarios graciosos que realmente le gustaban y parecía interesada en lo que tenía que decir. Él trataba de seguir el juego aunque no quería volverse en un esclavo.

—¿Cómo te sientes en asumir un rol tan importante como este?

—La verdad es que ya estaba preparado para ello.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Pues, mi padre me enseñó de niño a cómo tenían que ser las cosas y cómo debían ser manejadas. Debes suponer que cualquier persona que se encuentre en esta posición, tiene que estar preparada en cualquier momento.

—¿No te pone nervioso tener tanto poder?

—Realmente no. Como te dije, ya estaba acostumbrado a esto. Sin embargo, esta situación sirve para recordarme que así como soy el Alfa también soy el Omega. Soy el principio y el fin de todo y de todos. Es una bendición y una maldición.

Esto último lo dijo como si prácticamente se hubiera sumido en un pensamiento profundo. Ella quiso preguntarle más al respecto, pero tuvo la sensación de que perdería la atención en lo verdaderamente importante.

—Imagino que es una gran responsabilidad, pero también debe tener su lado bueno. Cualquier mujer estaría encantada de estar acompañada por un

hombre como tú. ¿No crees?

Noah sonrió casi para sí mismo. Era obvio que Magenta estaba acariciándole el ego pero también era cierto que por primera vez en mucho tiempo, se sentía diferente en una conversación. No era lo mismo hablar con otra Alfa. Ella era diferente.

En el transcurso de la noche, los dos conversaron largamente. Los invitados iban y venían, las compañeras de Magenta se encargaban de entretener a los otros hombres, el baile y la comida parecían no distraerlos en ningún momento.

Noah tenía que ser honesto consigo mismo. Si bien no estaba demasiado interesado en un principio, a pesar que sí se sintió atraído hacia ella desde que la vio, quiso saber más de ella. Sin embargo, sus nuevos deberes como líder de la ciudad-reino, le obligaron a dejar ese asunto hasta allí.

—Debo irme. Tengo demasiadas cosas que hacer. Pero no te preocupes, creo que hiciste un gran esfuerzo por hacer que la pasara bien y eso ya es bastante. Llamaré para las busquen y las lleven. Por cierto...

Fue acercándose a ella poco a poco hasta la altura de su oído.

—Dile a Fausto que hizo una muy buena elección.

La miró por última vez antes de desaparecer entre la gente, dejando a Magenta una sensación agridulce.

Después que chófer la dejara frente al edificio, y tras subir los religiosos cinco pisos, Magenta llegó a casa con una mezcla de cansancio y ansiedad. De inmediato se quitó las sandalias altas para poder caminar descalza por el piso. Esa sensación agradable pareció reconfortarla un poco.

Luego de revisar que su pago se hubiera hecho efectivo, notó algo importante, el bien y poderoso señor Noah, le había dado un extra bastante sorprendente. Tanto, que la mirada de sorpresa de Magenta parecía una caricatura.

Finalmente, llevó su cuerpo para sentarse en el mismo lugar de siempre, en ese sofá frente al ventanal, para ver el caos y el desastre que de alguna manera le servían de compañía. Se quedó quieta por un tiempo, respirando con tranquilidad y pensando qué pasaría si establecía una relación con él.

Se imaginó a sí misma trabajando como siempre pero ahorrando lo más que podía. Cuidando cada gasto hasta poder dar con la cantidad suficiente para poder irse de ese odioso lugar.

La idea de escapar se le vino a la cabeza de manera reciente. Aunque no formaba parte de sus planes iniciales, quizás con el dinero suficiente podría hacer una vida en otro lugar como una mujer libre. Quizás existía la posibilidad de no tener por qué preocuparse por qué comer o cómo sobrevivir. Quizás no estaba tan mal soñar un poco.

Cerró los ojos y pensó en Noah con todas sus fuerzas. Pensó en que quería cumplir con su objetivo y estar con él.

—Lo voy a lograr. Claro que sí.



IV

Era un día como cualquier otro. Noah se encontraba en su escritorio, concentrado en los problemas de la ciudad-reino con el fin de mantener todo el orden. Mientras estaba allí, a veces se despejaba un poco mirando hacia el exterior.

El cielo estaba despejado y con el sol más brillante que nunca. Cuando colocó su vista hacia abajo, notó que todo lo que había allí era oscuridad. Recordó las veces que caminó por esas calles para esconderse y poder satisfacer sus instintos más oscuros. De alguna manera, extrañaba ese estilo de vida, extrañaba tener un lugar en donde podía hacer todas esas cosas sin que fuera a sufrir algún tipo de juicio.

La idea no se la pudo sacar de la mente. Le rondó por horas y horas. De repente, pensó en aquella chica de cabello largo y negro. Recordó la sensualidad de sus piernas y la forma suave y agradable que tenía en su hablar.

Además, también se sintió atraído por esas sensaciones que le despertaba. Como no era una persona que analizara mucho las cosas, pensó que sería buena idea encontrarse con ella. Total, se trataba de un cliente frecuente a esas alturas.

—¿Sí?

—Hola, Fausto.

—Hola, querido. Cuéntame. ¿Qué se te apetece esta vez?

—Vaya, parece que conoces bien mis hábitos.

—Esa es mi responsabilidad, querido. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Hace unas noches enviaste a tres chicas para la reunión que te comenté. Hubo una que me llamó la atención. Es morena y de cabello largo y negro. Tiene los ojos oscuros también.

—¡Ah! Ya sé, ya sé. Vale, cómo no. ¿La buscas como dama de compañía?

—No lo tengo muy seguro, eso creo que dependerá de cómo surjan las cosas.

—Mmm. Ya veo. Te comento porque hay un detalle muy importante sobre

ella. Resulta que es virgen, y como comprenderás, eso hace que aumente su valor, si sabes a lo que me refiero.

—Por supuesto, pero creo que ya nos conocemos bastante bien para que sepas que el dinero no es un problema.

Fausto se quedó callada, sobre todo porque sabía que lo que él estaba diciendo era verdad. Respiró profundo y continuó.

—Vale, perfecto, tienes razón. ¿Para cuándo la necesitas?

—Esta noche.

—Bien, ¿hora?

—Creo que a las 9 está bien. Pero eso sí, yo la iré a buscar.

—¿Estás seguro? Este lado de la ciudad no es tan amable como el lugar de donde provienes, querido.

—Sí, estoy seguro. Como buen Alfa no ha sido mi primera vez.

—Vale entonces arreglaré todo para que se encuentren.

—Gracias.

Colgó la bocina y se quedó pensativo por un rato. Luego, su mente comenzó a ir a mil por hora. Imaginó tener a esa mujer en todos los escenarios posibles. La sola idea de que la tendría entre sus brazos, le produjo una especie de descontrol dentro de sí. Se relamió la boca y se la mordió después. Como si se tratase de una bestia dormida, poco a poco sus ansias de estar con ella, pareció que estaban a punto de tomar posesión de su cuerpo.

Así pues, decidió calmar las aguas y aprovechó para recostarse sobre el asiento. Cerró los ojos y decidió que trataría de conocer un poco más sobre esa mujer que por fin le había llamado la atención.

—Tienes una cita importante hoy, querida, con el Alfa más importante, como sabrás suponer.

—¿En serio?

—Sí. No me dejó claro aún el tipo de relación que quería realizar pero le he dejado claro todo para que nos manejemos con la mayor honestidad posible.

—Vale, entiendo.

—Pasaré por ti en la noche. Ya le he dado tu dirección, así que tienes que encargarte de estar atenta cuando pase por ti. No le gusta la impuntualidad.

—Entendido.

—Bien, querida. Espero que las cosas salgan bien.

Luego de escuchar esa noticia, Magenta sintió que por fin las cosas comenzaban a tener sentido y dirección. Si bien tenía por delante un gran trabajo por hacer, también tenía sabía que ese era su boleto dorado para hacer lo que quería hacer con su vida. Así pues, se levantó con determinación de arreglarse y verse lo mejor posible para él.

Fue hacia la ducha y preparó sus aceites y cremas como solía hacer cuando le tocaba trabajar, preparó la ropa sobre la cama y se dispuso a bañarse delicadamente. Mientras, pensaba en las palabras y acciones que haría. Un hombre como ese le gustaba el poder, así que ella tenía que dejarle a entender que lo tenía por sobre todas las cosas.

Dedicó sus pensamientos a él, en pensar en las cosas que podrían funcionar para tenerlo finalmente tenerlo entre sus redes. Salió de allí, sintiéndose como una diosa, preparándose para una cita importante.

Se puso un vestido azul oscuro, se hizo una trenza que se colocó de lado y volvió a maquillarse al cubrir los labios con una pintura roja oscura. Luego se echó para atrás y se miró en el espejo con cierto orgullo. Estaba contenta con el resultado final.

Cuando se dio cuenta de la hora, se percató que no faltaba demasiado tiempo para encontrarse con él. Se levantó y buscó fue hacia la pequeña sala para esperar.

La primera vez que le tocó afrontar una situación como esa, sentía que los nervios le nacían en la boca del estómago. Sin embargo, con el paso del tiempo, se había calmado la situación porque poco a poco había ganado confianza en sí misma y en las cosas que tenía que hacer.

Pero esta situación era especial, era probable que dejaría su posición de ser dama de compañía y dejar su virginidad. Quizás eso era lo que daba miedo.

Luego se espabiló pensando que ese era el estilo de vida que había escogido para sí misma, por lo que no tenía por qué arrepentirse. Fue su elección y, como tal, tenía que seguir hasta el final.

Cuando comenzó a sentirse mejor, escuchó el aviso que le había enviado Fausto.

“El cliente está cerca”.

Magenta respiró profundo y se tomó unos segundos antes de bajar.

Comenzó a descender los oscuros y húmedos escalones para darse cuenta que su nerviosismo no hacía otra cosa que incrementar. El corazón le latía con fuerza, su pecho era un grupo de caballos que galopaban a todo dar. Esa noche tendría mucho sentido para ella.

La luz de un poste que se encontraba cerca, la iluminó por completo haciéndola ver casi como una figura fuera de este mundo. O al menos así pensó Noah, quien la vio desde la distancia.

Estaba tan arreglada y espléndida como siempre, como tiene que esperarse de mujeres como ella. Sin embargo, se dio cuenta que tenía algo diferente en la mirada. No lo pudo identificar de inmediato, pero le hizo sentir que era similar al miedo. Sonrió en la oscuridad.

Salió del coche con un abrigo en sus manos. Hacía frío y más entre esas calles siempre oscuras y siempre heladas. Por un momento se preguntó cómo una persona era capaz de vivir de esa manera.

Alejó ese pensamiento de su cabeza mientras caminaba hacia ella. El color azul de su vestido iba muy bien con su piel morena. La trenza larga, los labios rojos y esa actitud de mujer segura, también le gustó. Incluso, se sintió un poco extraño al darse cuenta que ella ciertamente le había producido algo dentro de sí.

—¡Hola! ¿Es para mí?

—Sí, supuse que haría un poco de frío así, así que pensé que no estaría mal ayudarte con eso.

—Vaya, qué amable. Muchas gracias.

Le colocó el abrigo delicadamente y con gesto dulce y poco invasivo. Era notable que él sabía cómo tratar a una mujer. Al menos así.

También le abrió la puerta del coche para que ella subiera en este y él haría lo mismo poco después.

—Tengo pensado que es buena idea que vayamos a comer. ¿Qué te parece?

—Pues, estupendo.

El nerviosismo todavía estaba dentro de ella a pesar que ya había pasado el primer encuentro. No se cansaba de decirse a sí misma que estaba exagerando, ya que era algo que ya había hecho antes.

—Esto debe resultarte muy diferente al lugar en donde vives.

—Sin duda. Tú misma lo has visto. Pero, si me permites una confesión, ya he estado por aquí.

—¿En serio?

Él tomó un atajo para llegar más rápido a su destino. En ese momento, las calles estaba vacías, más de lo común.

—Sí, solía venir para aquí cuando era más joven. Sí, sí. Era toda una trasgresión sobre todo porque es algo que no es común. Pero me gusta romper las reglas de vez en cuando.

—¿No es un poco arriesgado decir eso siendo la persona que eres?

—¿Qué quieres decir?

—Pues, prácticamente eres nuestro líder y supongo que se esperan muchas cosas de ti. ¿O no?

—Claro que sí. Pero también soy un ser humano y me gusta divertirme.

Se lo dijo mirándola a la cara, haciendo énfasis en que era un hombre descarado que le daba muy igual la opinión de los demás.

—... La verdad es que no me importa mucho lo que piensen de mí. La vida es demasiado corta para ello y todo lo que nos ha pasado como humanidad, confirma lo que digo.

Ella se quedó callada puesto que supuso que ese tema podría resultar particularmente sensible para él. Así que se quedaron en silencio hasta que entraron por fin a tierras Alfas. La verdad es que Magenta no podía creer lo diferente de ese lugar con el resto de la ciudad-reino.

Cuando pensó que no llegarían, él bajó la velocidad hasta que entró en una especie de aparcamiento subterráneo de un alto edificio. Apenas apagó el coche, un par de valets se acercaron para encargarse de la logística. Todo era cuestión de lujo y atención de primera.

—¿Vamos?

Él le extendió su mano y la tomó con fuerza. Magenta se sintió como esas chicas de colegio que exhiben a sus novios de manos sudadas. Sonrió tratando de disimular un poco la situación que le causaba gracia.

De inmediato, subieron a un elevador tan claro y brillante como si estuviera en pleno día. Todo alrededor estaba recubierto de un material metálico pulido y reflectante. Ella sintió curiosidad puesto que era algo que casi nunca se veía en las calles de los Omegas.

Luego de unos segundos, las puertas se abrieron. Se encontraron con un gran restaurante con vista a la ciudad. Magenta se quedó sorprendida por la elegancia que había en el lugar. Se encontró aliviada por haberse arreglado lo suficiente como para estar a tono con ese sitio.

Noah se adelantó un poco para que la gente supiera quién era. En ese momento, ella se percató que la gente comenzó a mostrar respeto por él y que gracias a ello, no tardaron demasiado tiempo en ser ubicados en la mejor mesa del lugar.

Cuando por fin se acomodaron, y cuando ella pudo salir del ensimismamiento que le produjo encontrarse en el punto más alto del edificio, sintió la necesidad de hablar con él.

—¿Esto no te traerá problemas?

—¿Por qué debería?

—Como te dije. Eres una persona importante y...

—Te lo pondré de esta manera. Soy la persona más importante que conocerás. A la gente no le debe de importar con quién estoy porque ese no es su problema. Lo único que deben hacer es demostrarme respeto y obediencia. Porque cada uno ha nacido para esto. Ha nacido para servirme.

—¿Incluso yo? ¿Yo he nacido para servirte?

—Claro que sí. Que eso no te quepa duda. Por eso estás aquí, para

hacerlo.

Cualquier persona podría haberse ofendido por ello, pero Magenta no. Ella lo interpretó como una señal de que era su oportunidad para acercarse a él, para hacer que las cosas cayeran por su propio peso.

—Eso hay que verlo, sobre todo, porque no me has dado a entender que eso tenga que ser así. Tienes que apoyar tus palabras con acciones, eso creo que es lo más correcto.

Noah de inmediato cobró una posición más defensiva. No le gustaba que cuestionaran su poder o liderazgo, pero luego de ver la expresión de ella, comprendió que todo formaba parte de una dinámica.

—Claro que sí te lo demostraré...

Comenzaron a comer como si toda la conversación anterior hubiera quedado en un segundo plano. Mientras, Magenta se concentraría en el plato de langosta, fideos finos y caviar que tenía en frente.

Apenas probó bocado, sintió que así debía saber lo sublime. La combinación de sabores, más la vista y la compañía, le dieron una probada de lo que sería vivir así. Y aunque aquello era innegablemente tentador, no podía evitar pensar que irse muy lejos también le permitiría tener las riendas de su vida.

Estaba pensando en todas las cosas que quería hacer cuando una voz hizo eco poco a poco, era él que la estaba llamando por su nombre.

—¿Estás bien?

—¿Eh?, sí, sí. Sólo me distraje un momento. La comida está tan deliciosa que perdí toda noción de la realidad. ¿Qué decías?

—Te preguntaba por tu nombre. Es bastante curioso. ¿Es un apodo?

—No. Es mi verdadero nombre. Me lo pusieron porque tengo una marca de nacimiento en una de mis piernas que tiene una coloración rosácea. Supuestamente era algo único en mi familia pero no sé más.

Noah se quedó callado, sobre todo porque recordó que lo que más le gustó de ella, fueron esas piernas largas y torneadas. Fue por ello que estando allí, comenzó a fantasear con la idea de tocarlas, de acariciarlas lentamente y tenerlas sobre sus hombros mientras estaba dentro de ella.

En ese momento cuando sintió que su imaginación iba tomando más y más vuelo, recordó las palabras de Fausto. Esa chica era virgen, así que si iba a estar con ella, tendría que tomarse el tiempo y la paciencia para cuando estuvieran juntos.

Luego, concentró su mirada en ella. Tenía los ojos fijos en detallar cada aspecto de su cuerpo, incluyendo la forma de hablar. A pesar de ser una Omega, una persona vista como lo peor de lo peor, era una mujer hermosa e instruida.

Si bien al principio no le prestó demasiada atención, luego se percató que estaba sumamente atraído hacia ella. Entonces, como no quiso perder más el tiempo, pidió la cuenta.

—¿Nos vamos?

El fulgor de los ojos negros de Noah fue suficiente información para ella. Se dio cuenta de que estaba muy cerca de vivir un momento que podría cambiar su vida por completo.

Así pues, asintió levemente y se despidió de ese mundillo maravilloso en donde pudo disfrutar por unos momentos el formar parte de un grupo exclusivo.

El elevador de nuevo los llegó al piso inferior en donde se encontraba el coche de él. Caminaron en silencio hasta que se subieron con la misma actitud ecuánime. Sin embargo, internamente, Noah ya no podía más. Estaba sintiendo la urgencia de tenerla, de poseerla, así que no quiso aguantar más tiempo y le tomó el rostro con ambas manos.

—¿Sabes? Pasé mucho tiempo en mi vida esperando a sentir algo que realmente me resultara fascinante o al menos llamativo. No tienes idea que estar en una situación como la mía, también te hace esclavo de la imagen y de las pretensiones. Pensé que no sería capaz de sentir de nuevo algo remotamente cercano a lo que esto sintiendo ahora. No quiero racionalizar más, no quiero pensarlo más, quiero vivirlo... Y quiero que tú lo vivas.

Ella no pareció entender y justo cuando quería comprender, sintió los labios suaves de Noah sobre los suyos. En el transcurso de los segundos, él se aseguraba de tomarle por la cintura y de envolverla con su aliento cálido.

Aquella chispa de timidez que fue capaz de percibir al darse ese primer

contacto, poco a poco se diluyó para que emergiera por completo el deseo que sentía él por ella. Por otro lado, Magenta, quien trató de tener cierto grado de racionalidad en todo proceso, no pudo evitar caer en ese vértice intenso y maravilloso que él le hacía sentir.

Por supuesto, ya antes había tenido contacto físico con otros hombres, sabía lo que representaba el deseo y cómo se manifestaba la lujuria. Se había sentido emocionada, vibrante, pero nada cercano a eso que estaba viviendo. Era como si su espíritu y su mente estuvieran perfectamente sincronizados, pero también concentrados en las sensaciones. Ya no pensaba, ahora era un ser más animal, más visceral.

Dejó de comportarse como dama de compañía para volverse más voraz junto a él. Se sentía satisfecha, plena, como si el techo y el suelo hubieran perdido consistencia. Adoraba cada vez más el sentir la piel rasposa de su rostro, rozando contra el suyo. El ligero sonido de su respiración agitada y el juego alocado de sus lenguas entrelazándose.

—Ya no puedo más...

Alcanzó a decir él entre unos jadeos.

—Yo tampoco. —Agregó ella, en medio del delirio.

—¿Qué tal si nos largamos de aquí y vamos a un lugar un poco más íntimo?

Apenas con algunas fuerzas, Magenta asintió. Apenas lo hizo, él colocó una de sus manos sobre el volante y la otra sobre la palanca de velocidades. El pie fue directo al acelerador y el coche pareció flotar sobre el suelo.

Ella, mientras, se encontraba pensativa. No porque estaba nerviosa, ya no lo estaba. Su cuerpo le decía que debía dejarse ir para dejar los rodeos. Era como si estuviera esperando por un momento como ese.

Más bien su cabeza estaba despejada, salvo por el hecho que no paraba de sentir que su coño latía con fuerza. Y no sólo eso, también parecía que estaba humedeciéndose cada vez más. Su entrepierna era un caudal sin freno que estaba a merced de ese hombre.

Por el tiempo que estuvo en el coche, olvidó por completo la belleza y esplendor de ese lugar, estaba concentrada en su cuerpo y en ese deseo que se manifestaba en cada centímetro de su piel.

Noah, por su parte, como si estuviera poseído por una fuerza mucho más intensa, iba manejando por las calles tranquilas de los Alfes hasta encontrarse con la vía que lo llevaría hasta su casa.

Dobló con cierta rapidez y comenzó a ascender poco a poco hasta que se encontraron rodeados de altos edificios. Él no decía palabra, pensó que no era necesario decir algo más puesto que ya todo estaba dicho. Así pues, siguió manejando con cierta calma, hasta que por fin se introdujo en una rampa y descendió hasta llegar a un aparcamiento tan lujoso como de aquel restaurante.

El estilo elegante y pulcro parecía ser una constante en ese mundo. Por más que lo evitara, Magenta no podía resistirse ante esa belleza. ¿La razón? Se había acostumbrado a vivir hacinada y rodeada de caos, todo aquello que le resultara levemente diferente era como el paraíso.

Después de distraerse por unos minutos, sintió la mano de Noah rodeándola por la cintura. La tomó con tal fuerza que ella casi quedó frente a su rostro en un dos por tres. La guió hasta uno de los elevadores y ambos se introdujeron allí.

Él marcó el último piso y subieron rápidamente. Después, las puertas se abrieron y Magenta pasó a lo que era el piso de Noah. Se quedó impresionada con la forma de domo del techo. Por su fuera poco, este estaba cubierto de ventanas que dejaban pasar la luz de la luna. Por un momento, se imaginó lo hermoso que se vería de día.

Avanzó hasta quedar en el medio de la sala. Cerró los ojos y se dejó bañar por esa iluminación natural. Disfrutó esos momentos de paz porque había pasado demasiado tiempo sin que eso sucediera.

Noah comprendió un poco más el tipo de persona que era ella, pudo suponer la dureza del entorno y las dificultades que pudo haber tenido a medida que crecía. Por eso se quedó allí, mirándola, sin querer perturbarla de su paz.

—Bien, ¿qué te parece?

—Es precioso, nunca había visto un lugar así. Se puede ver el cielo, es increíble.

Él sonrió ligeramente y después la tomó entre sus brazos. Se acercó desde tras, por lo que Magenta sintió enseguida la fuerza y el deseo en él.

—No pensé que volvería a desear a alguien como te deseo ahora. Me siento como un tonto, como un adolescente.

—No tienes por qué sentirte como un tonto...

—Lo sé, pero es algo que me extraña y me causa gracia.

Apenas terminó de hablar, la giro para que ambos quedaran de frente. Él le sostuvo el rostro con ambas manos y luego la besó. A diferencia de la primera vez, fue mucho más intenso, más apasionado.

Como si se tratara de un cuento de hadas, ella estaba allí, con el hombre más guapo y poderoso del mundo, siendo deseada por él, en un lugar de ensueño. Parecía una fantasía que podría terminar pronto, por lo que se concentró en perpetuarla tanto como podía.

Las manos inquietas de él, comenzaron a acariciarla lentamente. Desde la cintura, pasando por la espalda y bordeando sus caderas con suavidad. Sintió la carne y también parte del nerviosismo que se desprendía de ella.

Sus labios bajaron y se quedaron anclados en el cuello. Magenta, aún con los ojos cerrados, sintió que su cuerpo era canal de una energía mucho más grande que ella. Sintió que tenía la capacidad de recibir y de transmitir el frío o el calor en todas sus formas posibles.

Nunca se sintió tan viva como en ese momento, nunca se sintió que fuera capaz de experimentar todo aquello al menos una vez. Imaginó que se trataba de una serie de habladurías, de inventos, pero no. Era todo lo contrario.

De repente sus planes de conquista parecían que estaban cambiando a medida que él la tomaba a su antojo. De un momento a otro, Noah la cargó entre sus brazos y la llevó hacia unas escaleras, al costado de una pared.

Subió los escalones con cuidado para no perturbarla. Finalmente, llegó a una amplia y abierta habitación. Hermosa, imponente y también minimalista. Sobre la cama, el mismo domo brillante. Gracias a que se encontraban allí, Magenta casi sintió que podía tomar una de las estrellas con todo alzar las manos.

Noah se encontraba ocupado con el afán de quitarle el vestido y todo aquello que pudiera impedirle estar cerca de ella. Deshizo cada capa y cada obstáculo para finalmente verla desnuda y en todo su esplendor.

Su piel resultó ser mucho más hermosa y delicada de lo que había pensado. Tenía ese tono de piel moreno y oliváceo que la hacía ver como una diosa de una tierra caliente. El cabello, aún sostenido por la trenza, caía a un lado de su cuello para enmarcarle el bello rostro. Sus piernas largas y torneadas servían para marcar el recorrido hasta su coño y sus pequeñas caderas.

Cuando pensó que no podía más, dio un último vistazo a su rostro. Tenía los párpados un poco cerrados y las mejillas encendidas. Estaba excitada, tan excitada que no sabía si realmente su cuerpo estaba allí.

Entonces, como si fuera un animal hambriento, se acercó a ella y procedió a besarle desde la boca hasta la punta de los pies. Al momento de llegar hasta su pelvis, sintió cómo ella se había estremecido un poco, sobre todo cuando sintió la respiración lenta y pausada de él en ese lugar.

... Pero no se detuvo. Continuó hasta las piernas y sus manos se anclaron en sus muslos con fuerza. Magenta, quien ya encontraba en un punto intenso en el medio de su excitación, pensó que no podía más.

Entonces, él volvió a concentrarse en ella y en su bello rostro. La besó aún más, mucho más, para que se diera cuenta que no había momento que desperdiciaría. Aprovecharía cada momento para hacerle saber que la deseaba más que nunca.

Mientras estaba sobre ella, Magenta comenzó a quitarle el saco y el parte de la ropa que tenía. Ansiaba verlo desnudo. Esto, por supuesto, fue como echar gasolina al fuego. Aceleró las cosas de un modo tal que no hubo tiempo siquiera de pensar en algo más.

Poco a poco, el cuerpo de Noah quedaba al descubierto. Su piel morena y ardiente, los músculos tallados como él fuera una escultura. Sus piernas, brazos, pecho y hombros eran fuertes, macizos. Por si fuera poco, pareció que luego de haber quedado desnudo hubiera potenciado más sus caricias y besos.

En ese punto, Magenta supo que ya no había vuelto atrás. Su virginidad, esa prenda que había sido utilizada para mercadearse, estaba a punto de perderse. Pero eso no quería decir que tenía miedo, todo lo contrario. Su mente no paraba de decirle que esa era la decisión que debía tomar, así tenían que ser las cosas.

Siguieron besándose apasionadamente hasta que él se detuvo. De hecho,

fue tan de repente que Magenta pensó que algo había pasado. Pero no fue así, él sólo pensó que podía hacer una cosa mucho más interesante que podría subir la temperatura en cuestión de minutos.

Regresó a la pelvis de Magenta con el objetivo de chuparle cada parte de su sexo con todo el desenfreno que podía. Así pues, separó sus piernas con decisión ante la mirada expectante de ella.

Sus manos fueron a parar de nuevo a sus muslos para luego encargarse de hacer una de las cosas que más le gustaba hacer. Antes de hacerlo, la miró como un depredador y luego sacó su lengua para dejarla sobre el clítoris de ella.

Ese primer contacto, esa primera sensación fue suficiente para hacerla despegar en cuestión de segundos. Se sostuvo de la cama y cerró los ojos, su boca, como si tuviera voluntad propia, se abrió para dejar escapar una serie de gemidos y gritos intensos. En medio de todo, su cuerpo era iluminado por ese cielo despejado, mientras era adorado por la boca de ese hombre.

Luego de acariciarle ese punto hinchado y rojo de placer, Noah se dedicó a besar con fuerza cada parte de esa vulva deliciosa para devorarla como quería hacerlo, como pensaba que se debía hacer.

Abrió más la boca y se afincó con fuerza mientras sentía los muslos de ella temblar. Se aferraba más, la quería más contra sí. Era increíble, era delicioso.

Su lengua se paseó entre sus labios, el clítoris y la entrada de su coño. Estaba tan húmeda y tan caliente, era delicioso no sólo verla, sino también saborearla. Sus jugos empapaban su rostro y los dedos que estaban allí para abrirla más.

En esa habitación sólo convivían los gemidos y gritos de Magenta, más el sonido de la lengua y de la boca de Noah quien se encargaba de darle más y más placer... Y claro que quería seguir.

A pesar de sus deseos, de esa ansiedad de seguir en esa misma posición, tanto su mente como su cuerpo le insistieron en cambiar las cosas. Era momento de hacerla suya de una vez por todas.

Así pues, se incorporó lentamente. Relamió sus labios con el fin de recoger los últimos restos de fluidos que quedaban en sus labios, y luego la miró fijamente. Ella estaba sudada y agitada como una diosa. Esa imagen sólo

le dio mucho más morbo de lo que había pensado.

Casi de manera inconsciente, estiró su brazo y colocó su mano sobre el cuello de ella, sujetándolo con cierta fuerza. Ambos hicieron contacto visual mientras estaba pasando todo aquello. Noah estaba en plena situación mental como Dominante y Magenta comprendió que su misión era satisfacerle tanto como pudiera. Quería también darle una parte, al menos, de ese placer que él le había dado a ella.

Así pues, él volvió a acercarse y acomodarse mejor. Ella mantuvo las piernas abiertas y lo esperó ansiosamente. Con lentitud, el pene de él comenzó a empalmarse con el coño de ella. Primero su glande, latiente, grande y húmedo.

Magenta gimió un poco y él llevó su boca hacia su oído:

—Puedo parar si quieres...

—No, no quiero.

—Bien, porque no tienes idea de las ganas que tengo de que seas mía. Muero por que lo seas.

Justo cuando terminó esas palabras, empujó su verga venosa cada vez más, entre los gemidos y gritos de Magenta.

Ella se apresuró en sostenerse de los brazos de él, mientras Noah seguía adentrándose en esas carnes calientes y estrechas.

Sí, era un conjunto de sensaciones inexplicables. Era una mezcla de dolor y placer que ella no podía entender. Tampoco quería. Sentía que su piel se desgarraba y se partía en mil pedazos. También experimentaba esa sensación de que quería más, deseaba tener más de él.

Noah hizo el intento de hacerlo con calma y pausa a pesar que era una prueba para la fiereza que estaba dentro de él, esa misma que le pedía contundencia y agresividad. Pero no, también había placer en una situación así y sabía muy bien que si no se controlaba, iba a correrse antes de tiempo.

Así que se calmó, se dijo a sí mismo que debía tener autocontrol porque así disfrutaría más las cosas. Siguió empujando cada vez más hasta que sintió que toda la virginidad de ella había cedido por completo. Ahora era suya. Ahora era su mujer.

Permaneció allí por unos minutos, quieto y en pausa, sobre todo para darle tiempo a ella para que se acostumbrara a las sensaciones. El dolor comenzó cesar, dando paso a lo verdaderamente importante. El placer que pareció embargarla por completo.

Con ello, el movimiento de pelvis de Noah que fue de lento a rápido, pero sin dejar de tenerlo o de empujarlo hasta el fondo. Lo hacía para hacerla gritar y también porque adoraba sentir su pene envuelto en las carnes calientes y húmedas de Magenta. Se sentía tan bien, tan increíblemente bien.

Poco a poco aumentó el ritmo y la velocidad. Se apoyó de la cama para cobrar más impulso, al mismo tiempo que sentía las uñas de ellas enterrándose en su piel. También experimentó el dolor pero era algo que le gustaba sentir. No había duda de eso.

Continuó moviéndose hasta que sólo se escuchó el sonido del impacto de la pelvis de Noah contra la de ella. El choque de sus cuerpos era intenso, maravilloso y mágico. Para Magenta, cada embestida la empujaba más hacia un mundo increíble y desconocido.

Siguieron juntos, entrelazados entre sí, hasta que él la tomó por la cintura con fuerza y cambiaron de posición. Esta vez, ella estaba sobre él, mientras que Noah la sostenía del mismo sitio para hacerle entender que lo tenía que hacer era montarlo.

Magenta se encontró un poco dubitativa, sobre todo, porque era la primera vez que tenía que enfrentarse a algo así. No quería decepcionarlo por su inexperiencia, pero luego recordó que, hasta ese momento, había hecho lo que su cuerpo y mente le habían dicho. Hizo que su propia naturaleza le llevara hasta ese punto. Entonces, ¿qué podía salir mal?

Comprendió que podría hacerlo bien si separaba un poco las piernas para tener más apoyo sobre la cama. Así pues, al encontrarse lista, dejó que tanto su cintura como su cadera, comenzaran a moverse descontroladamente.

Primero lo hizo suave, pero luego, muy poco después, se percató que sabía cómo hacerlo por lo que sus movimientos suaves y sensuales, se volvieron más intensos y fogosos. Incluso, gracias a ello, tomó su larga trenza para deshacerla por completo.

Dejó libre su cabello el cual cayó sobre sus hombros como una cascada espesa y negra. Se veía tan bella, tan roja y tan excitada que Noah pensó que si

seguía moviéndose así, no le quedaría más remedio que correrse dentro de ella.

Mientras Magenta le daba placer encima, él se dio cuenta de aquella marca de nacimiento del que ella había hablado más temprano en la cena. No era muy grande y no tenía forma pero sí se veía esa pigmentación fucsia. Al verla, la tomó con fuerza y hasta quiso morderla, pero no pudo, se convirtió en preso de esas piernas y de ese coño que lo estaba llevando hacia la locura.

Después de un rato en esa misma posición, Noah quiso volver a tener el control por lo que repitió lo que hizo un rato antes. Volvió a tomarla de la cintura y la dejó sobre la cama con esa expresión de sorpresa. Le gustaba saber que dentro de todo, podía ser impredecible para los demás.

Le abrió las piernas casi de par en par y se reclinó sobre ellas para besarlas y morderlas. Acarició la mancha rosada y paseó su lengua por sus muslos y pantorrillas. Quería que su boca la marcara por completo, quería recorrer cada centímetro sin dejar nada atrás. Ansiaba devorarla.

Ese mismo ímpetu lo llevó a comer un poco más de ese coño. Apenas puso la boca allí, sintió las suaves caricias de las manos de Magenta sobre su cabello. Era un gesto suave y delicado, en contraste con las chupadas casi violentas que él le hacía a ella.

Hizo una última mordida en el clítoris cuando por fin se acomodó sobre la cama y la tomó otra vez por el cuello.

—Que te quede claro que eres mía. Desde este momento me perteneces y haré contigo lo que me plazca. ¿Entendiste?

Ella quiso responder pero no pudo. Estaba tan privada por la excitación que apenas pudo asentir. Noah había logrado lo que quería. Hizo que ella fuera incapaz de hacer algo para responderle. Sin embargo, aunque le excitó mucho más eso, se acercó a ella para decirle al oído.

—Tienes que empezar a tratarme de señor. Porque eso soy para ti. Soy tu señor, soy tu dueño y ahora me pertenecer.

—Sí... Sí... Señor.

—Muy bien.

Retiró la mano del cuello para darle una ligera bofetada. Luego, cuando ya

no pudo más, se concentró de nuevo en el coño caliente y húmedo que lo esperaba. Lo acarició un poco con uno de sus dedos y por fin, asomó su gran glande para penetrarla de nuevo.

Magenta estaba en otro plano, en otra dimensión. No pensó que el sexo pudiera ser de esa manera. Tan delicioso y tan intenso. Además, estaba prendada con la verga de Noah. Grande, gruesa, venosa. Con el glande siempre húmedo y con el cuerpo delicioso que servía para demostrarle que era esclava de él.

Siguió moviéndose hasta que sintió que estaba a punto de pasar lo que tenía que pasar. Quería descargarse sobre su torso pero quería también que ella experimentara el poder que producía tener un orgasmo. Así que siguió empujándose, clavándose pero con la diferencia de uno de sus dedos fue directo a su clitoris. Sabía que aquello la estimularía lo suficiente como para provocarle una serie de espasmos violentos y también la excitaría aún más.

Magenta no sabía que era posible sentir lo que estaba sintiendo. ¿El cuerpo estaba preparado para algo así? ¿Era posible? Pues, de serlo era así porque en ese momento se encontraba en un torbellino de sensaciones. El hombre que estaba con ella la estaba torturando pero también dándole el máximo placer posible.

Era una mezcla de tantas cosas que pensó que no había forma alguna para describir lo que estaba sucediendo. Tampoco quería. Sólo le quedó estar allí, sobre esa cama que le sirvió como apoyo y como certeza de lo que estaba viviendo, lo único que le recordó que todo lo que estaba pasando era verdad. De resto, dejó que su espíritu flotara por los aires lentamente como una pompa de jabón.

De repente, todo se volvió oscuridad y especie de descarga intensa comenzó a recorrerle gran parte del cuerpo. Primero desde la boca del estómago y después al resto de sus extremidades.

Quiso hablar pero no pudo, tanto su garganta como sus labios, estaban soldados por el deseo y por el éxtasis. Sin embargo, para Noah, todo aquello resultó ser información suficiente. Un poco más, sólo un poco más para que se diera cuenta que llevarla hacia el mejor lugar del mundo.

De un grito intenso y poderoso, Magenta manifestó su intenso orgasmo. Sus dedos se aferraron en las sábanas mientras su hombre todavía estaba dentro

de ella. Al final, él dejó de penetrarla y en seguida miró como un chorro de flujo terminó de empapar su verga y su torso.

Ella quedó tendida sobre la cama, mientras que él, con el último impulso que le quedaba, se masturbó un poco para correrse también. Ansiaba hacerlo.

Tras unos minutos, los hilillos de semen terminaron por caer sobre el torso y sobre las piernas de una sensual Magenta que aún estaba en una parte profunda de su inconsciente. Por primera vez, en mucho tiempo, él exclamó unos cuantos gemidos intensos. Al final, cuando pudo descargarse por completo, llevó su cuerpo junto al de ella para desplomarse también. El pecho le latía con fuerza pero el rostro había una sonrisa.

Mientras se iba calmando, dirigió una mirada hacia Magenta que pareció estar todavía sometida bajo los designios de la petit mort. Observó los hilos de cabello negro sobre su rostro y sobre la cama, la expresión de tranquila y el brillo de su piel gracias a la claridad de la noche.

Por lo general, después de terminar lo que tenía que terminar, se paraba y se vestía. Pero ahora estaba en otra situación, no le molestaba la compañía. De hecho, la encontraba agradable y placentera, más allá de las obvias razones.

Se quedó así, mirándola hasta que sintió que sus propios párpados también comenzaban a perder fuerza. Se quedó dormido gracias al cansancio.



V

El sexo es una transacción. Un medio de intercambio en donde los protagonistas son el dinero y el placer. Lo demás sobra, siempre. Los sentimientos no existen, sólo importa que cada quien haga su papel y ya está.

Magenta se acostumbró a sobrevivir y a estar en un mundo como ese. Estaba adaptada a cumplir con las necesidades de los otros, de mostrarse sonriente y dulce, estaba acostumbrada a mostrarse dulce y dispuesta puesto que ese era su rol, nada más.

Pero desde que lo vio, desde que sus ojos se fijaron en los suyos en el momento que la hizo suya, comprendió que había una fuerza mayor e igual de incomprensible. Había algo lo suficientemente poderoso e intenso que la sujetaba a la tierra y que también la sujetaba a él.

Su cerebro parecía ir a mil por hora a pesar que tenía los ojos cerrados. Sin embargo, eso significaba que poco a poco su consciencia iba emergiendo a la realidad. Al final, sintió el calor del día sobre su cuerpo desnudo y abrió los ojos con cierta pereza. Aunque no quería, sabía que tenía que despertarse en algún momento.

Cuando lo hizo, su vista fue directo a ese enorme domo repleto de ventanas que la separaban de un hermoso día. Las nubes blancas, el resplandor del sol, el calor que parecía acariciar su piel como si fuera una tela suave. También se sintió agradecida por estar viviendo un momento así. Sin importar lo que pasara, estaba satisfecha de que al menos habría experimentado la belleza de un instante como ese.

Se levantó poco a poco y tomó el vestido que había usado la noche anterior. Se lo colocó y caminó a tientas hasta dar con el baño. Estaba cansada pero estaba feliz. Por unas cuantas horas de placer, olvidó las cuentas y los deberes. Así que se animó a sí misma a lavarse la cara y salir de allí para regresar a su vida.

Se acomodó lo mejor que pudo y bajó esas mismas escaleras para buscar la salida. Al terminar, lo miró de pie, tomando una taza de café y con una mirada serena.

—¿Cómo dormiste?

—Pues, me parece que caí rendida.

—Sí, así fue. Yo también. A veces se me olvida que mi vida la mayor parte del tiempo es trabajo, así que si hago otra cosa que no sea eso, es a veces hasta extraño.

—Sí, sí. Eso suele pasar.

—Bien, quería hablar contigo, así que, por favor, siéntate. ¿Te apetece algo?

—Un café está bien.

Él, se giró y tomó una taza para servirle la bebida. Aunque su exterior era sereno, ella realmente estaba preocupada. Ese tipo de situaciones siempre la ponían nerviosa y más ese silencio que no sabía qué era.

Le dejó la pieza frente a ella y se quedó en silencio por un rato. Después de colocar algunas cosas en orden, prosiguió:

—Cuando digo algo, lo hago muy en serio. Asumo el compromiso porque estoy seguro de que quiero continuar y lo hago hasta el final. Por eso es importante para mí, que sepas que todo lo que dije fue real y no producto de otra cosa. Lo sentí y lo pensé con cuidado. Así que no hay mentiras detrás de eso. Eso incluye el tema de que seas mía. Porque eso es lo que quiero de verdad. Puedes asegurarlo.

Magenta tragó fuerte, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—Por eso te estoy hablando de esto, para que tengamos las cuentas claras. Quiero que me pertenezcas sólo a mí. Eso significa que nadie te solicitará ni nadie tendrá derecho alguno sobre ti. De hecho, estoy pensando en que ni siquiera consideraré la idea de seguir usando a Fausto como intermediaria. Ella quedará fuera de la ecuación, así que no tendrás por qué preocuparte por ello.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Lo de hacer mía? Pues, eso lo tengo que hablar con Fausto. Me da igual el dinero, al final se tendrá que hacer lo que yo diga.

Por dentro, Magenta tenía una mezcla de emociones. Por fin había logrado su cometido y se estaba encaminando sus planes, lo que representaba un importante paso hacia el cumplimiento de sus objetivos. Por otro lado, sin

embargo, no paraba de pensar en que eso significaba conocer un mundo mucho más intrincado y complejo con él. Aunque sintió un poco de miedo, sabía que no debía tenerlo. Él la guiaría, estaba segura de ello.

—Lo otro que me interesa que sepas, aunque creo que eso ya lo infieres, tiene que ver con mis inclinaciones en la cama. Verás, me gusta el control. No sólo en los negocios o en la política, también en el sexo. Me gusta dominar y hacer saber que la persona que tiene el control, soy yo. Me gusta que me tengan respeto... Aunque eso es algo que sé que se gana a pulso, de eso no hay problema.

—Sí, de eso me quedó claro.

—Pues bien. Lo menciono para que sepas cómo son y serán las cosas. Por supuesto, eso no quiere decir que pase sobre ti o no respete tus límites. Tienes toda la libertad para decir qué es lo que te molesta y qué no. La comunicación es lo más importante y eso debes tenerlo muy en cuenta. Si te sientes incómoda por algo, si una idea te parece descabellada, tienes que decirlo lo antes posible. Así evitaremos malos ratos. Yo también pondré de mi parte para que todo lo que suceda entre los dos, tenga que ser de esa manera.

—Vale, entiendo.

—Yo decidiré cuándo y dónde, pero creo que ya tú estás ya familiarizada con eso, ¿cierto?

—Sí, sí. Es así.

—Perfecto. —Hizo el gesto de ver el reloj- Debo irme. Ya voy bastante retrasado. Hoy quiero que nos veamos, así que trata de traerte un poco de ropa para que te quedes conmigo, al menos esta noche. Creo que así será mucho más sencillo para los dos, ¿no crees?

—Claro que sí.

—Antes de encaminarse hacia la puerta, él giró lentamente para verla antes de irse. Se acercó suavemente y le tomó el rostro entre sus fuertes y grandes manos. La miró fijamente y la besó con dulzura.

—Nos vemos pronto.

Lo vio partir mientras estaba en la silla, sentada. Cuando se desapareció de su vista, no pudo creer en todo lo que le estaba pasando.

El regreso a su casa fue mucho más rápido de lo que esperaba, en poco tiempo, ya se encontraba sentada en su sofá, pensando en todo lo que acaba de pasar. Primero, su cuenta de banco se encontró repleta de dólares y bitcoins. Ya no tenía que preocuparse ni por comer ni por el alquiler. Ahora eso era un tema del pasado.

Por primera vez, tenía cubierto los dos temas que más le preocupaban. Ahora, sólo le restaba concentrarse en la mujer perfecta para él.

Él... Cuando pensaba en Noah, su mente quedaba nublada y su cuerpo se desesperaba por estar junto a él. El magnetismo que sintió la primera vez, no fue ningún invento, era tan cierto que no podía negarlo ni un momento más.

Pero tenía que concentrarse en irse, en dejar esas fronteras y entregarse a la libertad. Había sufrido del destierro por su clase y el abandono desde antes de tener memoria. No tenía arraigos ni amigos, sólo un trabajo... Y ahora el deseo que sentía por él.

Sintió que no podía más, así que se levantó de allí para acostarse por un rato. Quería dormir y olvidarse de todo. Al hacerlo, miró hacia el techo y observó lo sucio que estaba. Se imaginó que estaba desnuda, bajo el resplandor de ese domo repleto de ventanas y con el color de él sobre el suyo.

Unas horas después, ella despertó y se fijó que todo estaba oscuro. Perdió la noción del tiempo y el hambre, agudo, le hizo ruido en las tripas. Se levantó y caminó hacia la cocina para prepararse algo. Cuando encontró un poco de pizza fría, se sentó en la encimera y se percató de que tenía algunos mensajes.

Primero, uno de Fausto diciéndole el cambio de planes de Noah y de las implicaciones que ello traía:

“Me comentó que no quería que estuvieras con otra persona, así que tienes que hacer tu mejor esfuerzo por mantenerlo contento. Recuerda que es alguien importante. Si tienes un problema, no dudes en llamarme”.

Después, leyó uno de él:

“Estoy ansioso por verte. No tienes idea”.

Este último le hizo sonreír casi inconscientemente. Recordó aquello que él le había dicho, eso de sentirse como un tonto. Ella también estaba experimentando lo mismo.

Luego de comer, se levantó para informarse más sobre esas palabras de dominación y control. Sabía que hacían alusión al BDSM, pero quería saber qué otras implicaciones había.

En poco tiempo descubrió que era un tema mucho más amplio y complejo de lo que había pensado. Su búsqueda le arrojó casi un sinfín de resultados que no pensó que podría encontrar, pero le sirvió para saber el contexto de las cosas.

Comprendió la profundidad del compromiso y de la comunicación, el dejarse dominar y el entregarse por completo a una persona que puede tomar el control de una persona para satisfacer el placer.

También descubrió que existen muchos tipos de interacciones y relaciones y que los límites casi no existen, salvo aquello que se pacten entre las dos personas. De resto, cada quien puede ser como quiere.

Se sintió fascinada por un punto que le llamó la atención. Se trataba de un relato compartido por una mujer que decía que entendió el verdadero significado de unión con alguien, cuando decidió dar todo de sí, sin que le importara todo lo demás.

“Somos de clases diferentes y tenemos vidas diferentes. Por lo que cualquiera, podría pensar que no tendríamos puntos en común. Que aquello sería un mito. Pero no, no fue así, funcionó para los dos.

Sin embargo, tuvimos que hacerlo en secreto para cuidar de nosotros y de las personas que nos rodean. Pero no mentiré, estar con él es como ser libre, porque puedo ser yo misma y él también. Me someto a lo que él quiere y él hace conmigo lo que le place, pero porque ha sido algo que los dos hemos decidido.

Hemos decidido esto y no me arrepiento en ningún momento. ¿La razón? Porque cuando estamos juntos, siento que el mundo se detiene, que soy capaz de congelar el momento y quedarme con él.

Sé que a él también le pasa lo mismo, lo presiento. Entonces, es eso, sentir que puedo y más. Sentir que mi cuerpo y mente son capaces de alcanzar otro tipo de capacidades y eso me hace pensar que los límites que vivimos son absurdos”.

Todo ese texto le hizo sentir que había algo más o menos cercano que

describía perfectamente su situación. Sólo eran dos personas que sentían deseo y que querían estar juntas, ¿qué habría de malo?

—Joder.

Se sintió impotente porque se dio cuenta que él había hecho que su mundo se volteara en poco tiempo.

Decidió entonces distraerse un poco y fue directo a la habitación para preparar un pequeño bolso, en el cual introdujo unas cuantas prendas. Estaba emocionada y a la expectativa de lo que iba a suceder.

Luego, tomó una ducha y se vistió un poco más informal que las otras veces. Al terminar de arreglarse, fue de nuevo hacia el sofá para ver la oscuridad y el brillo de las luces de algunos aerocoches, edificios y casas.

A veces se maravillaba y se horrorizaba al darse cuenta de lo diferente y de lo similar de todos esos mundos que convivían allí.

Noah, el frío e implacable, terminó sus asuntos de la oficina con la mente concentrada en ella, porque claro, estaba concentrado en la piel y en el sabor que tenía Magenta. En la marca de su pierna y en los gemidos que le produjo cuando se la folló duro. Estaba ansioso por amarrarla y someterla a sus designios.

Sin embargo, también recordó esa sensación de bienestar que le hizo sentir el tiempo que estuvieron juntos. La calma y tranquilidad. Algo que no había sucedido otras veces con ninguna otra Alfa o esclava.

Mientras iba en dirección a su coche para buscarla, comenzó a escudriñar esos sentimientos que pensó que nunca reviviría.

—Sólo fue una noche, tampoco es para tanto.

Se dijo para sí mismo, cuestionándose para variar. Sin embargo, se le vino a la cabeza el recuerdo de ella, tranquila, el fulgor de sus ojos negros y ese destello de inocencia que trataba de ocultar pero que dejó emerger cuando estuvieron juntos.

Después no pudo comprender cómo dos personas libres y jóvenes, con la capacidad de decisión que tenían, debían pasar por una situación en donde tenían que ocultar lo que querían hacer. Pero él no era así, él le daba igual si rompía las reglas o no. Al final haría lo que le diera la gana, le gustara a la

gente o no.

Tomó el volante con decisión y volvió a adentrarse en la oscuridad de ese submundo que le traía tantos recuerdos, aunque ahora lo estaba asociando con algo más positivo. Increíblemente.

Siguió la ruta de siempre y tomó el telecomunicador del coche, una pantalla táctil que servía para enviar información rápida a cualquier tipo de aparato.

“Voy en camino. No tardo”.

Le dijo a ella. Y siguió concentrado en el camino. Al estar cerca, miró de refilón unos mechones largos de cabello que parecían flotar en la brisa fría de esa hora de la noche. Aunque el caos se había apagado, aún se podía sentir que el ambiente estaba todavía conmocionado. Aunque probablemente eso tenía que ver con ese encuentro que él estaba ansioso por tener. Quería verla y por fin lo había logrado.

Ella le sonrió y ese gesto lo tomó como algo sincero y genuino. Sobre todo, porque había crecido en un entorno en donde todo era fingido y dramático, en donde era difícil encontrar a alguien que verdaderamente reflejara sinceridad. Pero luego, tras mucho tiempo, por fin pudo disfrutar de eso en ese momento, en fracción de segundos.

Bajó rápidamente y la ayudó con la mochila que tenía. De inmediato, su mente comenzó a trabajar rápidamente con el fin de idear los escenarios perfectos en donde los dos podrían comerse como debían.

—Antes de irnos, me gustaría llevarte a un lugar que casi nadie conoce. ¿Te gustaría?

—Claro.

Subieron y comenzaron de inmediato a andar. Ascendieron como solían hacerlo, pero luego él tomó otra ruta, una que ella nunca pensó que existía. No reconoció los alrededores y cuando estuvo a punto de preocuparse, se encontró con una vista increíble. Era un mirador. Uno de la época antes de la nefasta guerra.

Era una colina rodeada de césped verde y flores. También se encontraba un pequeño banco de cemento, un material casi inexistente porque en ese mundo que les tocó vivir, todo cambió.

Magenta se paseó por el pequeño espacio y luego dirigió la mirada hacia el horizonte. La ciudad se veía como si fuera otra. Iluminada y tranquila, casi deseó que esa imagen fuera real.

—Siempre vengo aquí. Lo descubrí mientras crecía. ¿Qué te parece?

—No pensé que existiría un lugar así como este.

—Yo también lo dudé cuando lo vi. Después investigué un poco y supe que hay varios sitios así que son como especies de santuarios. Su conocimiento es limitado para evitar la intervención lo más posible.

Ambos se sentaron en el banco y Magenta pensó más que nunca en irse. De hecho, estando allí, casi sintió que sus pies se movían solos. El sentido de urgencia era más fuerte que ella hasta que recordó que él estaba allí también. Le llamó la atención esa misma expresión de ansío. Quizás él, en lo profundo, más allá de su gusto por el poder y en control, estaba dispuesto a dejar todo para ser un hombre libre algún día.

Respiraron profundo y permanecieron un rato callados. Decidieron quedarse concentrados en el silencio de la noche y en la paz que les daba ese lugar. Después de un rato, Noah se levantó y le extendió la mano.

—¿Nos vamos?

—Vale.

Caminaron hacia el coche y anduvieron por el camino con la misma actitud taciturna pero Magenta recordó que estaba emocionada porque se quedaría con él. No sabía lo que tenía preparado pero apostaba que se iba a sorprender.

Llegaron al extravagante edificio y procedieron a entrar como lo hicieron la primera vez. De nuevo ella sonrió al saberse dentro y al disfrutar del resplandor del domo que estaba sobre ella.

Apenas cerró la puerta, Noah se acercó a ella y comenzó a besarla. No hubo cabida a las preguntas ni a otros comentarios. Sólo hubo paso a los placeres, besos y caricias. Aprovecharon que estaban allí, alejados del criticismo para construir el mundo que querían para los dos.

Ella se hundió entre sus fuertes y musculosos brazos, y él entre el cabello largo y la piel de su cuello que tenía ese olor delicioso a flores. Sus labios y su lengua siguieron juntándose hasta que el calor los llevó a un nuevo nivel de

excitación.

Eso era todo lo que tenía que pasar para que él hiciera el siguiente paso. Le separó de ella un poco y le tomó de la mano. Antes, la miró fijamente para luego comenzar a subir las escaleras con cuidado. Como la primera vez, la luz de las estrellas era tan intensa que iluminaba todo el lugar. No era necesario algo más.

Apenas puso un pie en el lugar, Magenta notó que estaba una silla de madera maciza, con un aspecto un poco rústico en comparación con el resto de los muebles que se encontraban en la habitación.

A pesar que le había llamado poderosamente la atención, permaneció en silencio porque recordó lo que él le había dicho. Tenía que obedecerle sin chistar, no había cabida para reclamos, ni nada más.

Él, en ese mismo silencio, procedió a quitarle la ropa con cuidado. Dejó de lado la camiseta, los vaqueros y zapatillas, así como el resto de las prendas que tenía sobre su cuerpo. Así pues, quedó desnuda frente a él. Intercambiaron miradas. Para Noah fue inevitable no tomarle por el rostro y besarle con locura. Por fin había dejado libre esa bestia que era él cuando se transformaba como Dominante. Luego le hizo un gesto a ella para que se sentara.

—Voy a amarrarte. Avísame si lo estoy haciendo demasiado fuerte. ¿Vale?

—Sí, señor.

Él sonrió porque entendió que ella también había entrado en un modo especial, ese mismo que él también estaba. Esperó un poco más para que se acomodara y procedió a amarrarle los tobillos y las muñecas con unas cuerdas de raso negro. Lo hizo de tal manera que esperó que tuviera los amarres firmes, pero no demasiado. Tampoco quería exagerar. Al menos no en el momento.

Se levantó y miró lo que acababa de hacer y por supuesto que se sintió orgulloso de sí mismo. Procedió a quitarse la ropa mientras sentía que la emoción le iba a comiendo la piel. Cuando por fin se quitó todo, se percató que su pene estaba tan duro y erecto como una piedra. Incluso, su glándula se veía palpitante y húmedo debido a los flujos. Su primer instinto era follarla como nunca, pero eso significaba que la diversión se acabaría pronto.

Así que trató de tranquilizarse y recuperó la calma con unas cuantas

respiraciones. Luego, caminó por la habitación para buscar algo que sabía que haría que las cosas se pusieran aún mejor. Tomó un látigo de varias colas de cuero y lo trajo hacia la vista de Magenta, junto a este, una mordaza.

Dejó el látigo sobre los muslos de ella, con el fin de poder colocar la otra pieza de cuero sobre su boca. La ajustó con delicadeza y sonrió. Ese gesto, hizo que se le pusiera la piel de gallina a Magenta. Era casi ver a una persona completamente diferente.

Él tomó de nuevo el látigo y aprovechó las puntas de cuero para acariciarlas contra la piel de las piernas de ella. Lo hizo suave, lento, como si se estuviera preparando para hacer algo mucho más contundente después.

Magenta, por otro lado, estaba a la expectativa. Sin embargo, estaba disfrutando todo lo que estaba pasando por ser nuevo y fascinante.

Las caricias con el cuero cesaron de forma repentina. Ella se preguntó lo que había pasado hasta que sintió el impacto del látigo sobre sus piernas. De inmediato, hizo un gemido de dolor que no pudo expresar porque su boca estaba tapada.

Noah observó el comportamiento que había tenido y supo que ella también le gustó experimentar un poco de ese dolor. Así que alzó su brazo mucho más alto para seguir con los azotes. Uno tras otro. Sin parar.

En efecto, Magenta sentía dolor. La piel lustrosa de sus muslos comenzó a tornarse roja y brotada debido a los impactos. Ese ardor, sin embargo, le producía un placer indescriptible. Ni en sus sueños más remotos se imaginó que podría excitarse por medio del dolor.

Él continuó azotándola hasta que se movió un poco más de las piernas y brazos, incluso el torso. Sobre la superficie de ella, se podía ver las marcas por todo su cuerpo.

—Te dije que te haría mía. Y esto es una de las tantas formas que lo sabrás.

Ella alzó la mirada y trató de contestarle pero no pudo. Debido al cansancio y la excitación, apenas pudo asentir ligeramente. Noah, apenas la vio así, se excitó mucho más al saber que en efecto era él quien tenía el control.

Tomó su cabello con fuerza de modo que hizo que alzara la mirada para

que pudiera verlo desde el lugar en donde estaba. No había duda que él era quien tenía el poder, pero también era obvio que él también se encontraba bajo el deseo que sentía por ella.

Los azotes habían servido para darle tiempo y así tranquilizarse un poco. Sin embargo, pareció generar el efecto contrario. Estaba más excitado. Por lo tanto, estaba esperando a sentir los labios de ella sobre su pene.

Así pues, soltó el látigo y comenzó a deshacerse los amarres con rapidez. Primero los tobillos, después las muñecas. Se tomó un tiempo para inspeccionar de que todo estuviera bien y luego le removió la mordaza que tenía sobre la boca.

La ayudó a moverse poco a poco y a sentirse un poco más cómoda. Luego, le peinó un poco el cabello y le tomó el rostro como solía hacer. Le introdujo su lengua dentro de su boca con tal fuerza que ella pensó que estaría cerca de fundirse con él. De alguna manera era algo que ella le hubiera gustado sentir.

Para no caerse, se sostuvo de sus brazos de acero y siguieron besándose como si la vida se les fuera en ello. De repente, él se apartó de ella y le tomó de nuevo por el cabello. La naturaleza de Magenta le hizo entender que tenía que arrodillarse para darle placer a su señor. Así que aprovechó para besarle lentamente el pecho, el torso y cada parte de su cuerpo que pudo para demostrarle que estaba dispuesta a satisfacerlo siempre.

Finalmente, descansó sus rodillas sobre el suelo. Estando allí, se encontró con la presencia impactante de esa verga dura e hinchada de placer. Ella, instintivamente, tomó un par de dedos y comenzó a acariciar el glande que ya estaba bastante húmedo y rojo.

Lo hizo unos segundos para prepararlo para su lengua. Con la punta, hizo el primer contacto para acariciar esa parte deliciosa de él. Cuando lo hizo, de inmediato sintió cómo él se retorció de placer.

Se sintió mucho más aventurera a pesar que era la primera vez que lo hacía. Se relajó y comprendió que el secreto era tomarse el tiempo y la dedicación para hacerlo bien. Entonces, luego de saborearlo con la lengua, procedió a acercar sus labios hacia el glande y chuparlo como sabía que tenía que hacerse.

Primero suave, lento, luego con paciencia y dedicación. Abarcó el cuerpo de su verga para iniciar el movimiento de adentro y hacia afuera. En el interior

de su boca, salivaba sin control, lo que también permitió empapar su pene casi por completo.

Iba metiéndoselo, lentamente, hasta que lo tuvo por completo dentro de su boca. Se apoyó de los muslos de él para tener más soporte mientras lo hacía. Entonces, iba adelante y hacia atrás con más seguridad y con más ritmo.

Noah, quien apenas podía sostenerse de pie, respiraba profundo para no correrse cada vez que ella aumentaba la velocidad. Deseaba poder disfrutar más y por más tiempo lo que estaba experimentando pero temía no poder controlarse.

Así que le tomó por el cabello como si este fuera una rienda y procedió a follarle la boca y a darle ligeras bofetadas en una de las mejillas. Golpeteaba con cierta fuerza mientras la veía devorarse su verga con mayor vigor. Lo hacía con una destreza increíble.

De repente, la alzó para que se colocara de pie, luego, la lanzó sobre la cama. Para verla allí, con esa expresión de mujer ardiente que está esperando por él.

Hizo que permaneciera de espaldas sobre la cama hasta que acomodó su pelvis sobre la cara de ella. Puso de nuevo su verga a la altura de su boca y lo introdujo. De inmediato, hizo unas cuantas exclamaciones de placer porque se encontró de nuevo con esos labios gruesos y con ese interior mojado y caliente.

Fue él en esta ocasión quien procuró en moverse, primero lento y después con mayor ritmo. A veces le sostenía el cabello, otras prefería tomarla del cuello o darle bofetadas. Le gustaba esa posición en particular porque podía ver cómo la boca de ella se llenaba de su carne en el intento de satisfacerlo tanto como pudiera.

Los hilos de saliva caían en los alrededores de su boca y parte de su pecho, las veces en las que él sacaba su pene para darle un poco de tiempo de recuperar la respiración, para luego volverlo a meter.

Ella, mientras, le gustaba verle esa expresión de que estaba a punto de correrse dentro de su boca. Por eso lo tentaba, por eso aprovechaba cada momento para tentarlo y para hacerle entender que lo hacía cada vez mejor para él.

Sin embargo, ella estaba desesperada por sentir la verga de Noah dentro de ella, ansiaba ser empalada por él.

Noah, casi como si hubiera leído la mente, sacó su pene y abrió rápidamente las piernas de ella para follarla. Sentía que se volvería loco de no hacerlo. Así que ni siquiera le dio una oportunidad para reaccionar. Lo hizo de un solo movimiento.

Por unos momentos, Magenta se quedó privada debido a la intensidad de las sensaciones que estaba recibiendo. El dolor del impacto y el placer que le daba el recibirlo gracias a la verga de él.

Su cabeza quedó apoyada sobre la almohada y llevó sus ojos al cielo, sobre esas ventanas en forma de domo. El brillo de las estrellas y de la luna intensa. Después de un rato, pudo llegar a la realidad para volver a concentrarse en él y en las sensaciones que estaba experimentando en ese momento.

El roce de su verga contra su coño la hacía sentir como si estuviera a punto de convertirse en una serie de átomos dispersados en el habitación. Pero no podía, quería quedarse allí para no perderse en ningún momento. Aquellos ojos negros llenos de fulgor que se encontraron con los de ella.

Se miraron mutuamente como si estuvieran comunicándose con un lenguaje intenso y único entre los dos. Magenta comprendió no sólo su papel como una mujer sumisa sino también las maravillas del sexo intenso.

Siguió follándola con fuerza. Noah se sostenía de la cama para impulsarse con fuerza para adentrarse con determinación. Él sentía que estaba más y más adentro con ella. Le gustaba hacerle entender que él era quien tenía el poder, quien la dominaba por completo.

Quiso seguir allí hasta que se dio cuenta que quería hacer algo más. Deseaba también plasmar mucho más marcas pero sobre en la espalda.

Sacó su pene y la tomó de la cintura y la alzó con toda su fuerza, la apoyó sobre la pared. Hizo que sus brazos y sus pies estuvieran bien sobre el suelo. Sin embargo, Magenta tuvo que hacer un gran ejercicio de autocontrol para no desplomarse en el suelo.

Mientras se sostuvo, esperaba ansiosamente saber lo que iba a pasar. Sintió la presencia de él rondándole. Noah, volvió a tomar el látigo y se ubicó

detrás de ella, alzó su brazo y comenzó a azotarla casi sin control.

Poco a poco comenzaron a marcarse las lenguas de cuero sobre su espalda. El color moreno oliváceo se entremezclaba con el rojo de los impactos. Noah, de hecho, casi sintió que iba a romperle la piel de ella.

Magenta estaba muy cerca de tener el orgasmo, por lo que él dejó el látigo para colocarse de nuevo detrás de ella, tomándole el cabello para luego de colocar su mano sobre su vulva. De esta manera, sus dedos recorrieron parte de su coño hasta llegar a su vagina.

—Muy bien, muy bien. Mira cómo estás.

Apenas hizo el roce, cuando ella sintió que Magenta se estremecía cada vez más. Por lo que, primero, lo hizo lentamente para luego ir aumentando el ritmo. Por supuesto, ella no tardó demasiado tiempo en excitarse.

Ella no paraba de gemir, ni de gritar. Sus brazos y sus piernas temblaban cada vez más, incluso casi perdió el control de su cuerpo.

—No, no. Quédate tranquila. Si no, no te daré lo que quieres.

—Sí... Sí, señor.

Se aferró tanto como pudo, mientras él la tocaba con fuerza. Un poco más, un poco más hasta que por fin Noah le susurró unas cuantas palabras al oído de ella.

—Ahora sí. Vamos.

Ella hizo un largo gemido y por fin se explotó entre sus dedos. El chorro de flujo salió de su coño despedido con una fuerza impresionante. Seguidamente, los fuertes temblores por el orgasmo tan intenso.

Se quedó allí, suspendida y sostenida por aquello que estaba experimentaba. Noah, sin embargo, la tomó de nuevo e hizo que ella se colocara de rodillas para recibiera todo lo que él tenía para ella.

Así pues, él separó un poco sus piernas y plantó bien sus pies para que tampoco se pudiera desplomar sobre el suelo. Tomó su pene y comenzó masturbarse con fuerza. Luego tomó su cabello con fuerza, hasta que finalmente los hilos de semen comenzaron a desplegarse por su rostro, boca y cuello.

El calor de sus fluidos se sintió tan placentero. Las gotas caían sobre sus

mejillas y sobre la comisura de sus labios. Esto, lo aprovechó además, para saborear eso que él le había dado a ella. Se relamió desde el suelo para hacerle entender que en definitiva, le pertenecía.

Noah la miró concentrado y como si aún estuviera en una especie de trance. Luego de recuperar un poco la consciencia, la tomó por el cuello y ambos fueron hacia la cama. Se acostaron y se quedaron allí, en silencio.

Esa sensación de bienestar y tranquilidad, pareció que los abrazaba a los dos. Miraron hacia el cielo y se dieron cuenta de la paz que se sentía en el ambiente. Sus cuerpos brillaban como si fueran astros.

Por un momento, Magenta sintió que no era de ese mundo y de nuevo se le despertó el deseo de perderse y fundirse con él para desvanecerse. Por eso, fue hacia él, apoyándose sobre su hombro.

El Noah del pasado hubiera rechazado de plano ese gesto, sin embargo, esa fue la ocasión. Juntó su cabeza con la de ella para hacerle sentir que también quería algo así con ella. El poder, el control, el dominio, esas ansias que formaron parte de él desde que recuerda, no tuvieron ninguna relevancia. Era como si la vida representaba algo más allá, algo más poderoso. No sabía que existiera algo así, hasta ese momento.

Poco a poco, sintió que los ojos se le cerraban. Respiró profundo y tranquilo. Sobre esa cama, sólo era una pareja de amantes que habían tenido una noche intensa de intimidad. Lo demás, sobraba.



VI

Los besos y las caricias de él, fueron eso que la despertaron en la mañana. La claridad del día se coló entre las ventanas y pudo ver su hermoso cuerpo sobre la cama. Su rostro, a diferencia de las otras veces, no parecía serio ni compungido, estaba sereno, tranquilo y quizás hasta contento.

Ella le sonrió y él se adentró entre sus pechos, quedándose allí por un largo rato. Sintió su respiración y los latidos del corazón. Acarició su cabello lentamente y cerró los ojos para atesorar ese momento que le pareció más hermoso y mágico de lo que había imaginado.

Luego, él se incorporó sobre la cama, sin dejar de mirarla. Fue hacia sus labios para besarlos, mientras que sus manos acariciaban su piel y cuerpo tanto como quiso. El sonido de los pájaros cantando quedó enmudecido por los gemidos de ella y por los jadeos de él.

La boca de Noah recorrió el cuello y parte del pecho de Magenta. Se detuvo por un momento sobre sus pezones para morderlos y chuparlos. Estaban duros y erectos, por lo que aprovechó para quedarse allí tanto como pudo. En ese instante, incluso, se dio cuenta que había dedicado tiempo a otras partes de su cuerpo, menos a ese por puro afán.

Se reprendió a sí mismo y procuró corregir el error al acariciar esa parte de su cuerpo con delicadeza y dedicación. Se quedó allí hasta que el instinto de su naturaleza le demandó que fuera más abajo. Así pues, llegó hasta su vientre y procuró abrirle las piernas con cuidado.

En ese punto, Magenta también hacía lo posible para acariciarlo y para demostrarle su atención hacia él. No paraba de sonreír y de pensar que quizás se encontraba en una especie de sueño. Pero no, todo era real, muy real para acaso pensar en eso.

Así pues, Noah llegó a la vagina de Magenta para luego posar sus labios sobre el clítoris que ya estaba rojo. Chupo y lamió, acarició con su boca ese punto precioso de placer. Sus manos, además, se encontraban aferrados a sus muslos por lo que podía sentir las veces en las que ella no paraba de temblar debido a esos deliciosos estímulos.

Siguió chupando y lamiendo, por lo que no tardó en sentir ese torrente de

flujo que terminó en su boca. Caliente y delicioso, como si fuera una ambrosía. Ella sólo le quedaba acariciar su cabello espeso y no dejarse desvanecer por lo que estaba experimentando.

Dejó de chuparla en el mismo momento en que se dio cuenta que quería unirse a ella. Le resultó gracioso porque pensó que ese impulso era casi como tener un sentido casi extremo de urgencia. Necesitaba unirse a ella, sentir su carne y su calor.

Aún con las manos allí, se sostuvo también para llevar su pene al coño de ella. Apenas cuando lo hizo, experimentó el magnetismo de su glande con el coño de Magenta. Por lo que no quiso esperar más tiempo y la penetró lentamente.

La gran verga de Noah volvió a hacerse paso entre las carnes calientes, húmedas y estrechas de Magenta. Ella sintió que su espíritu se elevaba cada vez más, eso mismo que había vivido noches anteriores cuando estuvo con él.

Su pelvis no tardó demasiado tiempo en comenzar un movimiento rápido y violento. Él era una especie de animal poseído que no deseaba esperar demasiado en tomar a su presa, pero también, a la vez, era un hombre llevado por el deseo y por la necesidad de estar con esa mujer tanto como fuera posible.

Siguió follándola con la fuerza de una bestia. El sonido del choque de sus cuerpos, más los gemidos de ella, funcionaban como una especie de sinfonía sin fin. Hermosa melodía para ellos.

Noah continuó hasta que él mismo también se escuchó jadeando. Como no quería perderse ningún momento de ella, la tomó por el cuello y lo sostuvo con fuerza. La miró a los ojos mientras aún estaba dentro de ella. Magenta y él se unieron en un solo gesto hasta que sintieron que por fin estaban muy cerca de llegar.

Él siguió porque estaba ansioso por sentir los fluidos de su amante bañándolo por completo, así que tomó la opción de estimular su clítoris para acelerar el orgasmo y también para que este fuera mucho más intenso. Colocó encima el pulgar y sintió el clítoris estaba hinchado, sonrió para sí mismo.

Siguió acariciando hasta que los ruidos de ella se hicieron más agudos e intensos. Sus ojos se cerraron con fuerza y él aprovechó el momento para tomarla por el cuello con más fuerza. Continuó hasta que experimentó la

potencia del orgasmo de ella. Sus agitaciones también fueron intensas. Pero, a pesar de ello, ella se aseguró de abrazarlo con las piernas para que él sintiera todo el calor que tenía para él.

Para Noah esto fue el estimulante perfecto para pudiera correrse por igual. Permaneció un rato más dentro de ella, hasta que extrajo su pene y lo dejó sobre su torso y su glande caliente y húmedo, comenzó a despedir hilos gruesos y blancuzcos de semen, los cuales, además, aterrizaron sobre sus senos e incluso hasta en la boca. Así era la fuerza de ese deseo descontrolado e intenso.

Él, al terminar y apenas con las fuerzas que tenía en su cuerpo, pudo levantarse para buscar algo para limpiarla. Encontró una pequeña toalla y aprovechó para hacer lo propio con él y luego con Magenta, quien aún estaba sobre la cama con esa apariencia de mujer divina.

Luego, se reunió con ella y se acostó a su lado casi en la misma posición como cuando despertó en la mañana. Todavía tenía el pecho acelerado pero se encontró feliz de poder quedarse entre los brazos de ella, los cuales fueron los que lo recibieron.

Cerró sus ojos mientras trataba de controlar su respiración y luego extendió sus brazos para tenerla más cerca de él. Sonrió internamente al darse cuenta que ella también estaba agitada.

Poco a poco, volvió experimentar esa sensación de plenitud y bienestar hasta que pensó en algo que no pensó que sucedería. Estaba bien allí, se sentía más que bien, de hecho. Era quizás lo más cercano a la libertad.

Se aferró más junto a ella y se quedó dormido entre el calor de Magenta quien, para no perdió la costumbre de seguir acariciándole el cabello.



VII

Aunque pudo quedarse más tiempo allí, Noah tuvo que escabullirse de entre las sábanas y del cuerpo de Magenta para irse a hacer los oficios típicos de una persona como él. Después de arreglarse y de una taza de café, la miró dormida sobre la cama con esa sonrisa de alguien que ansía que las horas pasen rápido. Salió y la dejó allí, tranquila.

Rato después, Magenta se despertó y descubrió al poco tiempo que estaba sola. Se quedó un poco más sobre la cama y admiró de nuevo ese cielo que estaba sobre ella como si fuera un espectáculo.

Se levantó finalmente y fue al baño para tomar una ducha. Al terminar se sintió energizada y con ganas de explorar un poco la casa. Salió del baño, tomó unas prendas de la mochila y se vistió con un par de vaqueros y una camiseta.

Mientras andaba por ahí, descubrió que los alrededores eran tan hermosos e impresionantes como supuso. No sólo la casa de él, sino también lo que había en el exterior. Los edificios parecían flotar entre las nubes. Eso le hizo recordar un poco el tema de los dioses del Olimpo. Ellos quienes estaban muy lejos de los mortales.

Esto le hizo recordar el objetivo principal de su plan. La única razón por la que estaba allí era porque deseaba romper las cadenas de una esclavitud que sufría desde el día que nació.

A lo largo de su vida, no conoció otra cosa que no fuera el trabajo, el hambre y la desesperación. Cerró los ojos y las imágenes de lo que había vivido en el pasado se aferraron en sus neuronas. Era una herida abierta para ella y pensaba que la única forma de deshacerse de ella era liberarse de todo aquello que conocía.

Pensó que sus antepasados quizás imaginaron un futuro promisorio y diferente, en donde no había muros ni limitaciones, en donde la gente podía convivir y vivir. Pero no, las generaciones posteriores estaban condenadas a pagar por una culpa que no era suya.

El resplandor de los edificios que estaban a su alrededor, el brillo del lujo y la elegancia, el sabor de la comida, la comodidad de las cosas, el servicio,

todo era parte de un sistema, incluso ella. Fue eso mismo que la había colocado en esa posición.

Pero ya no quería eso. Ya estaba cansada. Como resultado, revisó la cuenta de dólares y bitcoins. Acaba de recibir una cuantiosa cantidad de dinero, lo suficiente como para dejar todo atrás y olvidarse de aquello que tanto la aplastó. Podía inventarse un nombre, podía irse lejos, podía hacer lo que quisiera. La idea iba ganando más y más fuerza.

Lo único que tenía era esa mochila con algo de ropa, nada más. Pero, ¿acaso haría falta algo más? Se preguntaba sin cesar.

—Sí, un collar. De cuero. No, lo quiero sencillo. Elegante y bien hecho. Lo espero. Ajá. Gracias.

Unas pocas órdenes y ya los deseos de Noah estaban por cumplirse. Lo cierto, es que estando con ella, abrió los ojos durante la noche. Mientras la veía dormir, comprendió que quería llevar su relación a un diferente nivel. Ya estaba consciente que no se trataba de una simple transacción. Sentía que las cosas estaban evolucionando rápidamente y que debía moverse a ese mismo ritmo.

Le gustaba estar con ella, y se sentía que podía ser como quisiera en cualquier situación. No se sentía en esa constante situación en donde debía presionarse a sí mismo para pretender ser algo que realmente no era.

Se había acostumbrado tanto a eso, que incluso llegó a pensar que tendría que pasar así el resto de su vida. Sin embargo, ella pareció llegar en un momento importante y no podía perder esa oportunidad.

—Señor. Aquí está lo que ordenó.

—Gracias.

Recibió una caja pequeña. La abrió y descubrió una cinta de cuero fino de color negro. Se veía lustroso y suave. Lo colocó entre sus dedos y comprendió que aquel accesorio representaría la unión final de los dos. La sola idea le produjo una especie de emoción y hasta de nervios. Se sintió de nuevo como un adolescente, como un niño emocionado, pero qué más daba.

Estaba desesperado. Quería que el día terminara para ir a verla y darle el collar. Eso mismo que serviría para oficializar su relación y así llevarla a un plano diferente.

De inmediato pensó en las habladurías, en los comentarios y en las expectativas que tenían su familia y los otros Alfás. Pero él no era como los demás. Eso lo tenía bastante claro. Estaba decidido a hacer lo que le viniera en gana.

Finalmente, salió de la oficina como si fuera un rayo. Ansiaba encontrarla y decirle todo lo que tenía por dentro. Pensó que nunca se encontraría en una situación así. Estaba más vivo que nunca.

Apenas abrió la puerta, la encontró con una expresión bastante seria y solemne. Se sintió extrañado hasta que miró lo que tenía encima, parecía que estaba lista para irse.

—¿Qué ha pasado?

—Siento que no puedo más. Siento que he pasado suficiente tiempo en una situación que ya me ahoga pero no puedo fingir por más tiempo. Creo que me toca hacer lo que querido hacer.

—¿De qué se trata?

—Irme. A diferencia de ti, yo no tengo futuro. Estoy condenada a ser una esclava, a que mi cuerpo y mi mente estén encadenados a otra persona. Siempre será así, hasta el día que muera. Pero eso no puedo más. Las diferencias que tenemos es una especie de abismo. Por más que queramos, no podremos hacer lo que deseamos. Es tonto, seríamos arrollados y olvidados.

Noah comprendió lo que ella quería decir y de cierta manera era así. Entonces, sacó la caja de su traje y se lo extendió.

—Te traje esto porque deseo que esto que tenemos nos lleve hasta donde nos tenga que llevar. Pero quiero que sea real, sincero. Es lo único que verdaderamente tengo. Quiero que seas mía y que yo sea tuyo. Siempre.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Nunca lo he estado tanto. Es lo que deseo.

—No tiene sentido. Somos diferentes y yo, la verdad, no quiero seguir escondiéndome. Quiero ser libre y quiero dejar todo esto atrás. Sé que eso no es lo que quieres para ti.

—Lo único que quiero es seguir viviendo esto que siento cuando estoy contigo. No sé qué es, no sé cuánto durará. Pero es lo que quiero. Si tu

intención es irte, entonces nos iremos. Ya. Hagamos nuestras propias reglas, seamos como queramos ser.

Ella se quedó pensativa al mismo tiempo que sostenía el collar. Luego lo miró. Ciertamente parecía más decidido que nunca, así que le sonrió y se lo colocó. Con eso, le confirmó que estaba dispuesta a hacer todo por él, era una apuesta grande pero sabía que valdría la pena.

—Entonces hagámoslo. Ahora. Siempre.



NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [**haciendo click en este enlace**](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible).

Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[*La Mujer Trofeo — Laura Lago*](#)

[*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*](#)
[*\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)*](#)

[*Esclava Marcada — Alba Duro*](#)

[*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso*](#)
[*\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)*](#)

[*Sumisión Total — Alba Duro*](#)

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —*

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de

cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.